

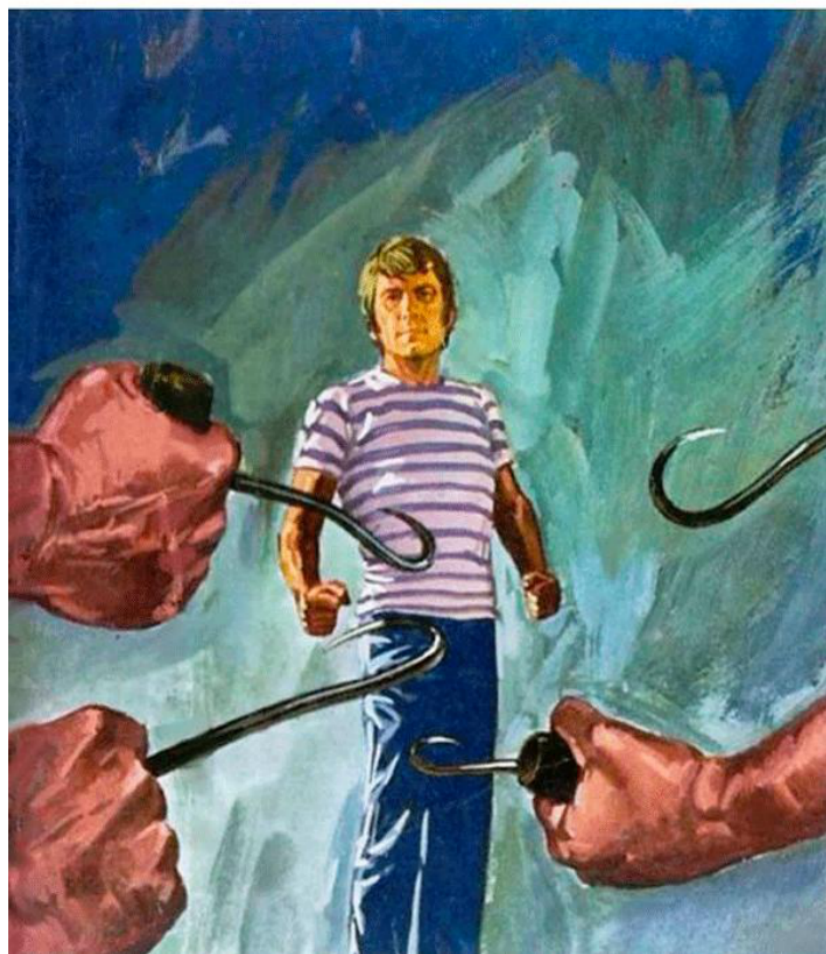
BOULEVARD BRUGUERA

PUNTO

ROJO

la mafia de los puertos

peter debry



COLECCION

PUNTO ROJO



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

PETER DEBRY

LA MAFIA DE LOS PUERTOS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 560
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

Déposito legal: B 49.137 - 1972

ISBN: 84-02-41665-9

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: enero, 1973

© PETER DEBRY, 1973

sobre la parte literaria

© JORGE SAMPERE, 1973

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.294. — Corral de endemoniados.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.156. — Experto en fantasmas.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

950. — Cazador de apaches.

En Colección CALIFORNIA:

807. — La muerte a la grupa.

En Colección SALVAJE TEXAS:

805. — La ley de los pistoleros.

En Colección COLORADO:

761. — El retorno del fusilado.

En Colección PUNTO ROJO:

551. — Tatuaje para forajidos.

En Colección ASES DEL OESTE:

663. — La marca del desesperado.

En Colección KANSAS:

720. — Banda de embrujados.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

97. — La maldición de Laffit.

En Colección BRAVO OESTE:

550. — Dos para un patíbulo.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

10. — Tumbas tempranas.

CAPÍTULO PRIMERO

Brent Barton bajó las escaleras del hotel portuario. El conserje le miró con disimulado interés, percibiendo el cambio en su atavío.

Una cazadora, tejabo azul y botas cortas, sustituían al traje bien cortado y a los zapatos de tafilete con que había ingresado el nuevo huésped media hora antes.

Aquel cambio de ropas no tenía nada de particular, puesto que el hotel alojaba marinos y portuarios. Sólo que ellos se mudaban a la inversa.

Venían con uniforme o ropa de trabajo y salían enfundados en ropa de calle. Apenas se fue Brent Barton el conserje descolgó el teléfono.

—Urgente con Nick Kester. De parte del conserje del Harbor Nest. Aguardó unos instantes y oyó:

—El patrón no está, pero da lo mismo. Soy Milo Samson.

Daba lo mismo, en efecto, pensó el conserje. Milo Samson era el lugarteniente de Kester.

—Acaba de inscribirse un nuevo huésped, Samson.

Firmó como Albert Norton, pero le reconocí aunque haya estado cinco años ausente de los muelles. ¿Sabes quién es?

—¿Cómo voy a saberlo? ¿Es que me tomas por un fakir? Desembucha.

—Se inscribió como Albert Norton, pero es nada menos que Brent Barton. El auricular le zumbó en el tímpano al conserje.

Transmitía el largo silbido del segundo de Kester que, terminada su demostración de honda sorpresa, dijo:

—Va bien, Jackie. Te has ganado un hermoso papiro de cincuenta.

Brent Barton avanzaba a lo largo del muelle Sur hacia el puente que cruzaba uno de los ríos tributarios.

La niebla envolvía los edificios, pero Barton conocía

sobradamente aquellos Blochman Brothers.

Allí le darían noticias del paradero de Tom Coplan. Después de cinco años de ausencia la idea de volver a ver a Tom le alegraba.

Había sido una extraña amistad, entre él, recién llegado de un pueblo de Indiana y el veterano marino que visitó muchos puertos para finalmente patronear un remolcador en el laberinto portuario neoyorquino.

Tom Coplan, de corta talla, membrudo y con la expresión ausente de un sabio profesor.

Hablaba poco pero cuando reconoció que Barton le era simpático, empezó a darle consejos muy útiles.

Recordaba aún Barton la primera vez que Coplan le gratificó con una parrafada confidencial:

«—Si algún día embarcas, Brent, muchacho, tendrás que aplomar bien los pies. A veces te sentirás débil y asustado entre una cuarentena de lobos de mar, con sólo una delgada lámina de acero entre vosotros y el mar revuelto. Y si no afianzas bien los pies, la tormenta y los marinos acabarán contigo. Los marinos son gente brutal que solamente inclinan la testuz ante el bárbaro. El bárbaro les fascina, y en cambio odian al débil que se humilla. Recuérdalo siempre y no te arrodilles nunca, o acabarán contigo».

Aquel consejo le sirvió mucho a Barton en sus primeros tiempos de navegación.

Aprendió otras muchas cosas.

Aprendió cómo desaparecían fardos en la descarga, cómo operaban los contrabandistas de drogas.

Y también supo que había listas negras y leyes especiales para los muelles, con ejecutores directos y expeditivos.

Supo que el silencio era la principal condición para sobrevivir, y que aquel que quería enfrentarse con los varios grupos de explotadores topaba con la charca de hampones, la jungla de los muelles.

Bandas que operaban aplicando sus propias y bárbaras leyes contando con la abstención de las compañías navieras.

En la antesala de las oficinas de la Biochman Brothers, se dirigió al radiotelegrafista.

—Hola, amigo. ¿Dónde puedo encontrar a Coplan?

—¿Tom Coplan?

—Hace cinco años mandaba un remolcador de esta Compañía. El número doce de la Biochman. Supongo seguirá mandándolo.

—Pues no, ya no manda el remolcador doce, porque ha muerto.

—¿Muerto?

Berton experimentó la sensación de ser embestido por una ola en duro impacto que se desflecaba en pequeños remolinos de angustia.

Tras la pausa, preguntó:

—¿Cuándo murió?

—Hará cosa de un mes. Si quiere más detalles allí está la chica de Coplan.

Con el bolígrafo señaló el radiotelegrafista hacia otro despacho. Una pantalla iluminaba a una muchacha cuyos pensativos ojos azules estaban fijos en Barton desde que entró. Barton se dirigió lentamente hacia el otro despacho, y mirando asombrado a Gail Coplan, murmuró:

—¿Tú eres Gail, aquella chiquilla?

—Soy Gail.

—Has crecido mucho, chiquilla.

—Suele ocurrir así. Los años pasan, y se crece.

Hablaba ella con sequedad. Barton trató de justificarse:

—Estuve viajando. Probando suerte en varios empleos.

—Mi padre pensaba que un día u otro volverías. Te echaba mucho de menos, Brent. Y ahora... ya es tarde.

—Yo siempre quería venir a echar unos párrafos con Tom, pero unas veces por una cosa, y otras por el trabajo... Lo siento, Gail.

—Ya es tarde, Brent.

Hablaba ella como la hija de un marino, acostumbrada a largas soledades, largas ausencias, y a valerse por sí misma.

—¿Qué pasó, Gail?

—La versión oficial es que mi padre bebió demasiado y tropezó en la pasarela cayendo al agua, y ahogándose. Ésta es la versión oficial.

Gail Coplan rebosaba desprecio al repetir «la versión oficial». Barton mirando en torno dijo en voz baja:

—Tú puedes explicarme cómo murió Tom. Levantándose, afirmó ella:

—Nadie me impide tomar un café de vez en cuando. Vamos, Brent.

Caminando en silencio, por entre la niebla, hacia la próxima cantina recordó Barton la primera vez que había visto a Gail. Seis años antes.

Él estaba encalleciéndose las manos descargando fardos en una barcaza. Terminada la descarga, se dirigió al torno de cables que enlazaban con el remolcador 12 de la Biochman.

Y vio entonces en el puente del remolcador una figura juvenil que, saltando con agilidad, vino a ayudarlo.

Creyó que era un muchacho, porque llevaba cazadora y tejanos de faena. Falló él al lanzar el cable de amarra, y aquel muchacho desconocido arrojó con precisión otro cable, pero a la vez, inundándole de improperios.

Él se había limitado a sonreír, porque pensaba que era absurdo pelear con aquel muchachito. Que luego, a bordo del remolcador, supo que era la hija de Tom Coplan.

Una chiquilla rebelde, arisca, que sólo tenía femineidad cuando oía a Tom, al que adoraba como un salvaje a su fetiche.

Y ahora, seis años después, Barton veía una mujer esbelta, de rostro aniñado, pero de firmes facciones.

Al sentarse en uno de los compartimientos de la cantina tras pedir el café, manifestó Barton:

—O sea que ya eres una mujer, Gail.

—Supongo que sí, puesto que los hombres me miran ya de un modo distinto. O sea que ya debo ser una mujer.

—¿Sólo por eso, Gail?

—No empieces a filosofar, Brent. Tú y papá os pasabais horas discutiendo sobre el alma humana, la situación internacional y otras muchas cosas. Pero esto son materias áridas para mí. No intento comprender aquello que no me roza de cerca. Aunque sepa que en el mundo existen cosas buenas y cosas malas.

—Háblame de Tom.

Ella empezó a hablar. Con precisión, casi impersonalmente.

Tom Coplan había estado bregando todo aquel día con otros marinos en lucha contra un temporal en el East River, que les tuvo atareados hasta anochecido.

Al día siguiente, el cuerpo de Tom fue extraído del agua, aprisionado entre dos barcasas de remolque.

Hubo un testigo que vio salir hacia la medianoche a Tom del bar

Timonel, embriagado.

La teoría policial era que, dirigiéndose a su remolcador y pasando por las barcazas para acortar la distancia, Tom creyendo atirantar bien los cables de unión, dio un paso en falso, cayendo al agua.

—¿Y tú lo creíste posible, Gail?

—No creí una sola palabra. Primero porque mi padre nunca se embriagó.

Molesto, rebatió Barton:

—Le vi yo mismo bastante en uvas cuando cobraba su semanal.

—¡Un par de veces por año! Además, aquella noche no era fecha de cobro. No tenía un centavo.

—Pudo conseguir algún dinero extra haciendo una carga libre.

—Te consta sobradamente que mi padre no aceptaba cargas que no fueran de su compañía.

—¿Quién es el testigo que afirmó verle embriagado?

—Fox Hilton. Una rata de los esbirros de Curt Lacey.

Curt Lacey era el presidente de la Unión de los Portuarios del Muelle Sur. Presidente votado a perpetuidad. Un hombre temido y odiado.

Era más que posible que Lacey diera orden de matar a un hombre. Pero ¿qué podía temer de un tranquilo filósofo desengañado como Tom Coplan?

—No digo que Lacey tenga algo que ver con la muerte de mi padre —comentó ella como si leyese los pensamientos de Barton—: Digo tan sólo que Fox Hilton para mí es una rata capaz de jurar en falso sin darle la menor importancia.

Con grave expresión, fruncido el entrecejo, aspiró ella aire, antes de añadir:

—Hay más. Mi padre no llevaba sus lentes. Fui a recoger sus cosas después del funeral y encontré sus lentes metidos en el pequeño estuche oculto que él mismo se había fabricado entre un estante y un panel. Y tú sabes muy bien que Tom Coplan no daba nunca un paso sin los lentes. Era lo primero que se colocaba al despertar y lo último que se quitaba al acostarse.

Y con un bufido de gata furiosa, completó:

—¡Y quieren hacerme creer que Tom Coplan, en noche tormentosa, iba a saltar por las barcazas sin sus lentes!

—Entonces, tú piensas que alguien subió a su remolcador, entró en su camarote, lo sorprendió durmiendo, único momento en que Tom no llevaba sus lentas y lo echó al agua. ¿Lo dijiste así a la policía?

—Estuviste bastante tiempo por este muelle para saber que sin pruebas claras, la policía no quiere complicaciones. Dieron carpetazo al expediente, declarando a Tom muerto accidentalmente, y en horas fuera de servicio. A todos ellos, ¿qué les importa que un viejo patrón de mar se ahogase en accidente?

Humedecidas las pupilas, contraída la garganta y dominando las lágrimas que pugnaban por brotar, añadió ella lentamente:

—A mí sí que me importó... y mucho.

Adelantó Barton la diestra cubriendo la de ella:

—¿Me ayudas, Brent? ¿Me ayudarás a encontrar al asesino?

Retirando la diestra, encendió Barton un cigarrillo, y exhaló una bocanada antes de contestar:

—Tengo entre cejas un trabajo complicado, Gail, que me tendrá ocupado los próximos días.

—Bien, está bien —silabeó ella secamente.

—No está bien, pero tampoco es sencillo decidir así como así, Gail. Todavía no sé por dónde empezar mi propio trabajo.

—¿Para qué has vuelto a los muelles, Brent?

—Por el trabajo de que te hablo. Me ha contratado Ray Stone.

—¿Y quién es ése?

—¡Demonios, chica! ¿No has oído hablar del famoso Raymond Stone? Es el dueño de la importante revista *Hechos y Verdades*, y me contrató un reportaje en seis episodios acerca de la vida íntima de los muelles. Durante mi ausencia probé suerte en reportajes y conseguí alguno pasable. Por esto me contrató Ray Stone.

Sonrió ella ácidamente:

—Ya, ya. Reportajes mojando el bolígrafo en agua de rositas y miel. Presentando a los portuarios como seres románticos y a los navieros como benefactores filántropos.

—Caray, chiquilla, todo no es de color negro. Y a veces existen hombres buenos como Ray Stone que desean publicar las verdades, con valentía.

—¿Ahora es Ray Stone tu nuevo ídolo? Recuerdo que hace años tu ídolo era Nick Kester.

Pensó Barton que aquella chiquilla sabía cómo asestar el alfilerazo doloroso. Añadió ella, agriamente:

—No le gustará nada a Nick Kester enterarse que rondas por los muelles.

—Cosa que a ti no te importa.

—¿Le darás la misma respuesta a Nick Kester? ¿Sabes lo que opino yo de tu reportaje? Te ha interesado el dinero ofrecido por ese capitoste llamado Stone y no rechazaste la oferta puesto que él sabía que tú tenías experiencia portuaria. Pero él no sabe lo que nos consta a ti y a mí.

—¿Y qué es?

—Que apenas empieces a fisgonear, Nick Kester te liquidará. Y por lo tanto lo que harás es intentar poner en evidencia a Curt Lacey, sabiendo que éste prefiere antes que recurrir a la violencia como Kester, comprar el silencio. O a lo mejor... Prefiero callarme.

—Sigue, sigue, ya que empezaste.

—O tal vez para no exponerte a que te rompan los huesos, te pasarás un par de semanas leyendo en un hotel del muelle, inventando cosas poco comprometedoras y cobrarás del capitoste Stone, sin riesgos.

—Eres muy lista, chica. ¡Lástima que tu lengua sea tan venenosa!

—Mi padre me enseñó a decir las verdades y afrontar las realidades cara a cara.

—Pero nunca te enseñó a acusar tan fácilmente a un hombre sin antes saber lo que se propone hacer ni cómo actuará. Espera un poco antes de juzgar.

—He esperado cinco años —rebatí ella, secamente—. Tú, el gran amigo de Tom Coplan te fuiste un buen día sin despedirte siquiera, y cinco años después reapareces. Tarde, muy tarde ya, Brent Barton.

Y levantándose, epilogó ella:

—Que tengas suerte en tu nuevo trabajo. Adiós. Barton iba a decir algo, pero no hallaba palabras.

Se alejó ella con paso firme, de mujercita prematuramente envejecida. Pasados unos minutos salió Barton a la calle.

Recordaba cuando Nick Kester fue «su ídolo». Cuando lo creyó un luchador oponiéndose a cualquier injusticia.

Como un Quijote, erigiéndose en rival de Curt Lacey, el único tirano de los Muelles Sur.

Y después, la desilusión, la riña con Nick Kester.

Entró en un bar porque aquella niebla cálida le estaba dando sed.

Y terminaba de saborear el doble de *whisky*, cuando a su lado alguien saludó:

—Hola, Brent Barton.

Se ladeó para examinar al que le saludaba.

Un hombre aproximadamente de su talla, pero con más músculos. De nariz rota y ladeada. Mile Samson.

—Hola, Samson.

A dos pasos de Samson estaba un hombrecillo rechoncho de ojos saltones y tristes, vestido de negro, con camisa de rayas negras y amarillas, corbata multicolor y labios esbozando una sádica sonrisa.

—Hola, Duval.

Earl Duval se limitó a pulirse las uñas con el revés de la solapa.

—Parece que has vuelto a los muelles, ¿eh? —rezongó Samson.

—Eso parece.

Aparentemente nada delataba en Brent Barton el cosquilleo del temor en su estómago. Casi prefería el bestial Samson al escurridizo cuchillero que era Duval.

Afirmó Samson:

—Estoy sorprendido, sí, todo sorprendido. Bueno, Nick quiere verte.

Había llegado el momento de aplicar los consejos de Tom Coplan. Nada de demostrar temor, ni servilismo.

—Iremos cuando me tome otro trago, ¿estamos? Asintió Samson.

Un minuto después abandonaba el bar escoltado por el segundo y el ejecutor privado al servicio de Nick Kester.

CAPÍTULO II

Era uno de los tantos caserones sucios por los años de descuido de sus despreocupados moradores.

Las oficinas estaban en el primer piso, al fondo de un largo corredor iluminado por una sola bombilla.

Los muros grises absorbían la escasa luz, produciendo la impresión de que aquel corredor era un túnel bajo el mar.

En la antesala no había nadie. Pasaron a un reducido despacho, donde tras la mesa, una mujer de lozana esplendidez les dedicó una rápida ojeada.

Dijo gravemente:

—Vaya, por fin lo encontrasteis.

—Ya lo estás viendo —gruñó Samson.

—Hola, Brent —saludó ella con mueca burlona.

—¿Qué tal, Madge?

Madge Lowe señaló con la cabeza hacia la puerta cerrada, tras su despacho:

—Nick te espera.

Dirigióse Barton hacia la puerta. De pronto, se detuvo, recordando la rutina. Madge Lowe habló por el dictáfono:

—Nick, aquí está Brent Barton.

La puerta produjo un zumbido al irse abriendo en corredera que funcionaba eléctricamente, accionada desde el interior al presionar un botón en la mesa.

Barton ayudó el deslizarse de la pesada puerta, empujando al entrar.

Durante un largo instante, ambos hombres se escrutaron en silencio, pensando en aquellos cinco años sin verse.

No había cambios en Nick Kester. Seguía teniendo aspecto pétreo.

Un hombre dando la inmediata sensación de fuerza en reposo,

sin una onza de grasa. Los callosos dedos tenían tendencia a curvarse como si no pudieran olvidar el roce de cables y garfios de carga.

Llevaba habanos en el bolsillo de su despechugada camisa de franela. Sacó uno y lo encendió lentamente.

Habló con voz sin matices:

—¿Qué estás haciendo por estos muelles, Barton? Te eché una vez, sin violencias. No puedes esperar que la segunda vez te salga tan fácil y sin complicaciones, supongo.

—Nada espero ni supongo.

—No te gustaban mis métodos. Lo aclaramos hace cinco años. Ahora aclárame tú por qué has vuelto a estos muelles.

—Conseguí un trabajo como reportero para la revista *Hechos y Verdades*, de Raymond Stone.

Los claros ojos azules se hicieron más densos, metálicos.

—¿El ricacho ese de las revistas para tontainas? ¿Qué quiere él que escribas tú?

—Generalidades sobre los muelles.

—¿Quién le paga a Stone? ¿Las Navieras o la Liga de comadres aburridas?

—Trata de comprenderlo, Nick. Nadie puede sobornar a Ray Stone. Es rico y publica reportajes honestos, imparciales.

—¿Cuál es la postura de ese tipo?

—No es como en los muelles, Nick. Stone no tiene ningún partidismo ni ninguna postura preconcebida. Me indicó que me limitase a los hechos, a las realidades.

—Ya... ¿Y cuál es tu postura, sabihondo?

Barton extendió las manos palmas arriba, en gesto que quería fuese persuasivo:

—Si por ello entiendes favoritismos o rencores, no tengo ninguna postura. No escogí esta serie de reportajes. Estaba buscando trabajo, porque siempre estoy cesante por una causa u otra. Durante cinco años he realizado diversos oficios desde vendedor de radios para coches hasta corrector de pruebas. No he estado por estos muelles desde hace cinco años y por lo tanto no tengo ningún plan preconcebido.

Agitó Kester el habano.

—Ya que no tienes ni idea de lo que está pasando, yo te lo

explicaré. Después de ocho años de romperme los lomos estoy a punto de barrer a Curt Lacey y su panda. He conseguido por fin la fuerza, la mayoría y la sumisión de toda la charca. Y no quiero a ningún moscardón por mi charca.

Barton no contestó.

Los músculos de Kester parecieron relajarse. Le acechaba entornados los párpados, por entre bocanadas de aromático humo. Por fin, dijo meditativo:

—Hace tiempo llegué a apreciarte, Brent, y fue mi gran error. Siempre presentí que acabaría echándote de mi charca. No fuiste nunca ni un marino de verdad ni un portuario, porque siempre estabas pensando y acabaste por ser un sentimental idealista. No eres blando y tienes agallas, pero dentro de ti hay algo delicado, sentimentaloides.

—Lo que quieres dar a entender es que yo pensaba que tú eras un tipo que nunca se equivocaba, y cuando te reproché ciertos métodos, decidiste que yo sobraba por estos muelles.

—Puede que así sea... La cuestión es que ya nos conocemos bien, y no voy a consentir que un calamar que suelta tinta para revistas ande fисgando por mi charca.

Intentó Barton dar a su voz una entonación irónica, pero en su garganta raspó la ronquera:

—¿Y después, qué más, Nick? ¿Es sólo un aviso, o me azuzarás al cuchillero Duval?

—Por ahora tengo una idea distinta. Puedes rondar la charca y escribir lo que se te antoje, pero... ¡contra Curt Lacey! Saca a relucir todo lo que puedas contra ese condenado bandido. Publica todos sus tapujos. Proclama que es un comprador de almas, un tipo que todo lo soluciona con sobornos. Destapa la cloaca en que se mueve el elegantísimo Lacey. Haz que se entere la nación, pero, atiende, Brent...

Y Kester, adelantando el ancho torso, bajó la voz:

—... Si te asomas por mi charca, si pisas uno solo de mis barcos o intentas sonsacarle a uno solo de mis patrulleros, vete rezando tu propio funeral. Y no te enviaré a Duval, no. Iré yo mismo a triturarte. Adiós, o hasta otra.

Dio Kester un manotazo sobre el ancho pulsador de resortes eléctricos que abría su puerta.

Barton estaba ya cerca del umbral cuando volvió el rostro:

—Asesinaron a Tom Coplan.

—Oí rumores.

—He estado pensando por qué mataron a Tom Coplan.

—Te acabo de decir bien claro que no te quiero de preguntón por mi charca. Conque, abur.

Abandonó Barton el despacho principal.

Madge Lowe ya no estaba en su mesa. Samson y Duval verificaron una maniobra envolvente destinada a cerrar el paso al visitante.

—¡Vía libre! —ordenó Kester.

Samson se apartó, impasible, resoplando. En la redonda faz de Duval hubo una mueca de desilusión.

En la calle, neblinosa, aspiró Barton con deleite el húmedo aire. Buscó por sus bolsillos un cigarrillo.

Una silueta se destacó en las sombras, ofreciendo:

—Toma uno de los míos.

—Gracias, Madge.

Cogió un «Marlboro» del paquete que presentaba la secretaria de Kester, ahuecando las manos para ofrecerle fuego.

—¿Y ahora qué, Brent? —sonrió ella.

—Creo que voy a beber un par de copas. Las necesito.

—Puedes invitarme.

—No creo que te resulte una buena compañía, Madge.

—Probaremos.

Y acompañó ella su paso a la nerviosa zancada de Barton, añadiendo:

—En mi piso tengo un frasco de «scotch» sin estrenar. Vamos allá.

—¿Te lo sugirió Nick? Rió ella sin alegría:

—Nick es una máquina apisonadora que no entiende de sutilezas de esta clase. Nunca se le ocurriría a él emplearme como cebo. No, Brent, invitarte ha sido una idea mía, personal y sincera.

—¿Por qué?

—Porque te noto asustado y con sobrada razón. Sé que eres valiente, pero como tú tampoco lo ignoras, es peligroso meterse en una charca de la que te expulsó el jefe de los sapos. He pensado que te agradaría charlar, y que, posiblemente no encontrarías con quién.

—Así, de pronto, me estás resultando muy noble y amistosa, Madge.

—Ni nobleza ni amistad, Brent. Siempre me gustaste, ¿queda claro?

Se le ocurrió a Barton repentinamente que también ella siempre le había gustado. Y que hubo momentos, años antes, en que tuvo que recurrir a toda su lealtad hacia Kester, para no pensar en su fiel secretaria como lo que era.

Una mujer espléndida. A la que siguió detallando con placer, mientras entraba con ella en su piso: una sola habitación con una cocinilla, y un diminuto baño velado por una cortina.

Ahora comprendía el exacto sentido del término «voluptuosa» viendo moverse a Madge Lowe. Una línea muy distinta a la angulosa de los lepidópteros llamados modelos.

Una mujer que estuvo de moda décadas antes, pero que siempre estaría de moda para las horas sensuales. Cintura estrecha destacando más las ampulosidades. Una figura rebosando plácida carnalidad.

Posiblemente al transcurso de otros cinco años sería una mujer gruesa. Pero ahora Madge Lowe era una real hembra, como decían los portuarios.

Por decir algo, preguntó:

—¿Qué tiempo llevas viviendo aquí?

—Años, lustros, décadas, siglos... Nunca me preocupé de conseguir un piso en condiciones porque siempre pensé que mi trabajo con Nick no duraría tanto tiempo. Y aún hoy en día sigo pensando que la próxima semana, el mes próximo, todo estallará y si sobrevivo me hallaré sin trabajo.

—¿Por qué trabajas con Nick?

—Por una razón apabullante. Cien dólares semanales.

—Podrías ganarte lo mismo en el centro de la ciudad.

—Lo dudo. Y, además, sería menos emocionante.

Le tendió ella el vaso alto con hielo picado y el ambarino licor, sentándose no muy cerca.

Pensó Barton que Madge era una buena chica, lozana, y exhalando una agradable fragancia muy femenina.

—A tu salud, Brent.

—A la nuestra, Madge. Tras beber, manifestó ella:

—Es una pena, Brent. Siempre te complicas la existencia. Siempre buscas sombras contra las que pelear. Algo así como aquellos caballistas locos que se atizaban en los torneos.

—Si así fuera, ¿es malo?

—Es peor. Es simplemente tonto. En nuestra época no hay sitio para los idealistas, y menos en los muelles. Sigue el aviso que te dio Nick. Concéntrate tan sólo en Curt Lacey.

La miró sorprendido:

—¿Es que nos oíste?

—¿Oír? ¡Lo registré! Nick se gasta un dineral en cintas magnetofónicas. Si él dice algo imprudente se puede borrar en la cinta, pero queda grabado lo que el otro dice. Muy útil.

—Y tanto.

—Estás asustado, Brent.

—Negarlo sería mentir.

—Lo confiesas y esto ya es valentía. En la vida, todos estamos asustados de algo. Pero pocos son los que están dispuestos a suicidarse para demostrar que son valientes.

—¿Y es lo que crees que voy a hacer, Madge?

—Si rondas la charca de Nick, sí.

—Me pagan para un reportaje.

—Hazlo. Describe a Lacey desde que desayuna hasta que se quita la dentadura postiza para meterse entre sábanas y soñar pesadillas. ¿Hay algo en tu contrato que te exija precisamente hurgar en los bidones de basura en torno a la oficina de Nick?

—No.

—Juega la baraja al estilo de los de ciudad, sin rudezas ni violencias. Allá se pegan zancadillas y codazos, pero piden perdón. Aquí, ya lo sabes... Matan.

—Por cierto, ¿cómo mataron a Tom Coplan?

—Murió ahogado, y si te sirve de algo, aparta por completo el menor pensamiento de que en la muerte de Coplan tuviera Nick nada que ver.

—¿Cómo puedes estar tan segura? A su modo, Coplan era un pensador, y Nick no quiere pensadores, ya que dice son un gran peligro.

—Pero Nick no considera peligroso a uno, dos o seis pensadores, mientras no se organicen en una unión. Y Coplan estaba solo.

—Fox Hilton fue el único y principal testigo en la encuesta.

—Saca pues deducciones.

—¿Crees entonces que la pista a través de Hilton conduce a Lacey?

—¿A quién si no? Tal vez Coplan se vio envuelto contra su voluntad en algún contrabando fuerte. O supo algo peligroso para el grupo de Lacey. Fox Hilton es tu primera pista segura, Brent.

—¿Por qué me demuestras tanto interés repentinamente, Madge?

—No es repentino, Brent. Ya me gustabas antes, pero por entonces eras amigo de Nick. Hoy... eres un pájaro solitario. Tienes perfil de aguilucho, Brent, y me temo que mellarás el pico...

La atrajo hacia sí y al ritmo creciente del instinto sensual se olvidó de los muelles, sus nieblas y su Mafia especial.

CAPÍTULO III

El bar Timonel se hallaba en la planta baja del edificio donde Curt Lacey tenía sus oficinas.

Era lugar predilecto de asistencia de los adictos al grupo dirigido por Lacey.

El dueño del bar tenía aspecto de embrutecido. Escancié a Barton la cerveza pedida y volvió a su faena de secar vasos.

Había una media docena de concurrentes, bebiendo con silenciosa concentración estólida.

Alzó Barton el índice para llamar la atención del dueño del bar.

—¿Ha estado por aquí Fox?

—¿Fox y qué más?

—Fox Hilton.

—No le he visto.

—¿Está embarcado o trabaja en tierra?

—Ni idea.

Barton decidió zambullirse:

—Necesito preguntarle algo referente a Tom Coplan. Fox vio a Coplan por aquí la misma noche en que murió. Quiero preguntarle algo.

El dueño alzó los hombros, pero sus ojos tuvieron por vez primera un destello de vida. Poco después abandonaba el mostrador para dirigirse al teléfono.

Cerró la puerta de la cabina, y tardó poco en regresar para dedicarse de nuevo a sus vasos.

Meditó Barton que las ruedas empezaban ya a girar y el engranaje estaba en marcha. Ahora, sólo le quedaba esperar.

Cinco minutos después entraba un individuo corpulento, bien vestido, con aspecto de traficante próspero.

Barton siguió alternando ojeadas desde su vaso al espejo.

El recién llegado apoyó la diestra de uñas manicuradas en la

barra y silabeó:

—Hola, Barton. Bien venido.

—Buenas noches, Lacey.

El transcurso del tiempo había maltratado a Curt Lacey.

O tal vez Curt Lacey se trataba demasiado bien: buen *whisky*, menús de gastrónomo, y demasiadas mujeres.

Los baños turcos y masajes no podían ocultar las huellas de los excesos. Sus ojillos astutos aparecían hundidos en carne fofa, arrugada. Sus descoloridos labios babeaban el apagado habano.

Sonrió mostrando la perfecta hilera de dientes postizos.

—Hace mucho tiempo que no se le veía por aquí, Barton.

—Años.

—¿Puedo invitarle?

Sin esperar la respuesta, pidió Lacey dos *whiskys*.

Tiró el habano, bebió, y secándose los labios con el dorso de la mano en que brillaba un grueso diamante, indagó afable:

—¿Ha vuelto para trabajar con Kester?

—¿Qué le hace suponer tal posibilidad?

—Anoche fue a visitarle.

—Cualquier noticia circula a cien por hora.

—Siempre fue así por estos muelles, Barton.

Seguramente tendría un par de espías asalariados, sobornados, entre el personal de Kester. Del mismo modo que éste disponía de un par de espías infiltrados en el grupo de Lacey.

Colocando su diestra sobre el antebrazo de Barton, añadió Lacey afectuosamente:

—Hágame caso, muchacho. Yo tengo la sartén por el mango, y pronto echaré de los muelles a Kester y su pandilla.

—Algo parecido me dijo Nick que haría con usted y su banda.

—Fanfarronea, pero yo no. Y volver a trabajar para Kester sería un grave error... comercial, Barton, porque pronto lo hundiré.

—No voy a trabajar para Kester. No compartimos el mismo punto de vista él yo.

—Siempre pensé que era usted un muchacho inteligente, Brent. Otra ronda de lo mismo, Gollenz. ¿Le gustaría trabajar para mí, Brent? Me convendría algo así como un secretario que pudiera escribirme de vez en cuando un discurso. Total, un par de horas por semana de trabajo. ¿Cuánto le pagaba Kester?

—Ciento veinticinco semanales.

—Doblo. Le pago doscientos cincuenta semanales. Y podemos suprimir horario y trabajo. Sólo necesito tenerle a mi lado. No me conteste ahora. Piénselo un par de días, ¿eh?

—Lo pensaré.

—Muy bien, muchacho. Venga a verme tan pronto esté dispuesto a figurar en la nómina y a cobrar un buen anticipo. He sido joven y sé que siempre salen gastos inesperados. Cóbrate, Gollenz. Guarda el cambio.

Dio una palmada en el hombro de Barton y cómo quien recuerda de pronto algo, dijo:

—He oído comentar que anda preguntando por Fox Hilton. ¿Qué quiere de él?

—Sólo hablarle acerca de Tom Coplan.

—¿De qué concretamente?

—Hilton dijo que Coplan estaba borracho aquella noche en que murió. Y yo tengo el pálpito de que Hilton miente. Me pregunto por qué miente.

—La policía quedó satisfecha. ¿Usted no, muchacho?

—Tom Coplan fue mi amigo.

—Removiendo su muerte, no lo resucitará. Me sabría mal que se buscase líos, Barton, y es seguro que los encontrará si no pisa con cuidado. Es mejor que se dedique sólo a pensar en mi oferta. Doscientos cincuenta semanales y todo su trabajo se reducirá a no hacer preguntas, ¿se da cuenta, muchacho? Hasta otra, Barton.

Y con un guiño que pretendía ser campechano, abandonó Lacey el bar. Durante unos instantes permaneció Barton aferrándose a la barra.

Consiguió vencer su impulso de alcanzar en la calle a Lacey, darle un toque en el hombro, esperar a que diera la media vuelta, y plantificarle un directo en el buche y un gancho en la barbilla.

Se fue repitiendo mentalmente:

«Está protegiendo a Fox Hilton. Sabe que Tom fue asesinado. Y él tuvo algo que ver... Le sacaré la verdad aunque tenga que cortarle lonchas de grasa a punta de cuchillo... Lo juro. Pero todavía no... Lo echarías todo a perder por la brava y la tremenda, Brent. Por ahora procura solamente emplear paciencia y seso».

Pasó el espasmo de furia, convirtiéndose en frío rencor.

Hasta entonces había pensado que Gail Coplan podía estar equivocada, extraviada por su amor filial.

Ahora escribiría un reportaje incluyendo la oferta de soborno que acababa de hacerle Lacey...

—Parece como si le doliese el estómago —comentó alguien a su lado—. Es lo que sucede cuando se trata con hienas como Lacey.

Contempló Barton al que acababa de hablar.

Un individuo cuya delgadez era casi esquelética, de rostro sombrío, afilado. Vestía como los portuarios, pero no conseguía parecerlo.

Sus largos dedos no tenían callosidades, y había una expresiva intensidad en sus facciones que denotaban al intelectual.

Eso era Lyle Wander. Un pensador, siempre disconforme, y al que se consideraba en los muelles como un loco no peligroso, porque nadie hacía caso de sus extravagantes teorías.

—Hola, Wander.

Embutiendo un cigarrillo entre sus delgados labios, dijo Wander:

—Apostaría a que Lacey te ofreció un soborno.

—¿Un soborno para qué, Wander?

—Para que no te metas con Fox Hilton, para que te olvides de que Tom Coplan fue asesinado.

Encolerizado de nuevo, Barton crispó las manos en torno a la barra. Todo el mundo parecía enterado, todo el mundo parecía acecharle.

—No te encrespes, Brent, porque sé que tienes el corazón bien colocado y nunca harías trato con una hiena como Lacey.

—Gracias. ¿Algo más, Lyle?

—Quizá te conviene charlar conmigo. ¿Qué tiempo has estado fuera? ¿Cuatro, cinco años? Las cosas han cambiado, Brent. Estás a punto de sumergirte en un pantano de aceite hirviendo.

—Es posible. ¿Qué sabes tú de la muerte de Coplan?

—Lo asesinaron porque sabía algo referente a uno de los jefazos de los muelles.

—¿De cuál?

—Lo ignoro, porque pronto echaron barro sobre las huellas, y nadie se ocupó más de Tom... hasta que has aparecido. Y ahora empezarán a colocar trampas en tu camino.

—¿Lacey?

—Es uno de los mayores granujas que existen. En concreto, no tengo por ahora ninguna prueba para ofrecerte, pero cuando te sobre tiempo ven a verme y charlaremos.

—Lo tendré en cuenta.

—Estoy en el hotel Seaman. Hasta pronto, Brent.

Asintiendo, abandonó Barton el local, y mientras caminaba, experimentó una repentina sensación instintiva de alerta.

Se detuvo mirando en torno, pero no percibió amenaza alguna. Un remolcador pasó lanzando su gimiente aviso, reflejándose sus luces en las negras y turbias aguas.

Y apenas volvió a caminar, percibió lo que le había alertado. El eco de unos pasos sincronizando con los suyos.

Apresuradamente, giró la primera esquina, y oyó los pasos en eco, apresurándose.

Estaba en un corto callejón y llegando a su final, se adosó a la pared que cerraba el paso. Desde las sombras escrutaba el rectángulo de luz formado por la amplia avenida y aquel callejón.

En el rectángulo luminoso se siluetó un individuo. Corpulento, ancho y de pesados movimientos.

Encarándose con el callejón se bamboleó adelantando el rostro como si pretendiera hurgar en las sombras.

De un instante a otro le vería, pensó Barton. Su única posibilidad estaba en el ataque por sorpresa.

Deslizándose pegado a la pared, se abalanzó Barton.

Asestó un puñetazo al pecho y el desconocido retrocedió moviendo los brazos en aspa para recuperar el equilibrio.

Pero aún tambaleándose colocó su puño en pleno rostro de Barton que sintió repentinamente el sabor de su propia sangre.

Aquel matón alquilado cubría sus nudillos con la manilla de hierro llamada «puño inglés».

Barton golpeó sañudamente a su contrincante que además de demostrar gran costumbre de encajar, aplicaba golpes certeros.

Un puñetazo en la nuca hizo doblarse a Barton que volvió a incorporarse contra su voluntad al recibir en el estómago un duro rodillazo.

Un tercer golpe en la sien le hizo caer nublados los sentidos.

Pero instintivamente se encogió para aminorar en lo posible los efectos de los puntapiés que iban a seguir.

Tardó unos instantes en percibir que el desconocido pegador profesional había cesado de actuar.

Arrodillado, sacudiendo la cabeza, fue oyendo las frases amenazadoras, murmuradas roncamente:

—Esto no es nada... Nada comparado con la próxima vez... Quedarás tarado, baldado, para el resto de tus días... Eres demasiado impopular por aquí.

Barton miró hacia arriba, tratando de identificar el rostro del antropoide. Un desconocido, aunque Barton conociese bien a los de su clase.

Inquirió entrecortadamente:

—¿De parte de... Curt Lacey?

—No te importa. Lárgate de los muelles. Ahora mismo. Después, ya será tarde. El agresor se alejó rápidamente desapareciendo en las tinieblas.

Instantes después entraba Barton en una cantina dirigiéndose a los lavabos.

No suscitó curiosidad. Un portuario sangrando después de una reyerta callejera era un suceso muy vulgar.

Presionándose bajo el chorro de agua las tumefacciones, pensaba Barton que era inútil acudir a la policía.

No tenía pruebas para acusar a nadie en concreto, y además estaba decidido a llevar todo aquel asunto, privadamente.

También por instinto, se encaminó hacia el domicilio de Coplan.

CAPÍTULO IV

Un barrio-colmena, de simétricas edificaciones. Encontró la casa, cuyo ascensor hacía años no funcionaba, y subió los cuatro peldaños que conducían al amplio zaguán.

Al fondo fue a llamar a una puerta. Una mirilla se descorrió, y al instante se abrió la puerta.

Gail Coplan, más menuda en su camisón de noche, contempló con ojos expertos el rostro tumefacto, como midiendo los daños.

Sin demostrar la menor sorpresa, invitó:

—Adelante. Échate en el diván.

Pasó ella a calentar agua, fue al cuarto de aseo, trajo el botiquín.

Ninguno de los dos hablaba. Procedió ella a lavar, presionando con destreza, limpiando, desinfectando...

Mientras ella le curaba, iba pensando Barton en las reacciones de Madge Lowe si le viese aparecer en aquel estado. Maternal y apasionada.

Y en las reacciones de Arline Hart, la secretaria de Ray Stone.

La mujer distinguida y eficiente, la que le había conseguido aquel serial de reportajes.

Una mujer distinguida, distinta. De negros cabellos recogidos en rodete, grandes ojos grises, boca sensual, veintiocho años vestidos severamente sin lograr ocultar la magnificencia de un cuerpo venusino.

Arline Hart, viéndole aparecer en aquel estado, habría acudido al teléfono para llamar a un médico de confianza.

Sólo Gail Coplan era capaz de permanecer silenciosa, curándole con destreza sin aspavientos ni desplazadas ternuras.

Al taponar el frasco de antiséptico cicatrizante, comentó ella:

—Ya estás en forma, Brent. Un poco de cerveza fuerte ahora.

Abrió la pequeña nevera y perforó las dos cápsulas de las latas. Bebió Barton al gollete con gran placer.

—¿Quién fue, Brent?

—Seguro que era un matón de Lacey. Me asaltó en un callejón. Sin aviso.

—Entonces es que estuviste haciendo preguntas sobre la muerte de mi padre.

—Y Lacey me advirtió que me sucederían incidentes si seguía preguntando.

—Por lo tanto, ya sabes que mi padre no murió accidentalmente. Ahora, ¿qué piensas hacer?

—Contaré la historia de Tom Coplan al público, Pero primero tengo que conseguir alguna prueba, y sólo estamos tú y yo contra todos.

Experimentaba Barton un sentimiento de ternura, hogareño, protector, hacia aquella muchachita decidida, y sencilla.

Y dijo ella sencillamente:

—Me alegra que estés de nuevo en esta casa, Brent. Desde donde esté, Tom Coplan nos sonríe.

Para disipar su emoción, habló Barton con brusquedad:

—Vamos a concretar lo que sepas sobre Tom. Y échate encima algo de ropa.

—¿Por qué?

—Porque pueden pasar dos cosas: o que me ponga yo tonto, o que pilles tú un resfriado. Rió ella infantilmente entrando en el cuarto de aseo, y salió ciñéndose un viejo albornoz. De una cajita oculta en un hueco bajo la alfombra, sacó un papel crujiente.

—Yo pude reconstruir el horario de aquel día. Las últimas veinticuatro horas de mi padre.

Cogió Barton el papel, donde leyó mecanografiado:

«Febrero, 20.

»Medianoche: Barcaza doce, ancla vacía, en el muelle de la Compañía Blochman.

»4 madrugada: Barcaza doce, remolcada por el *Rosalind-K* al muelle terminal de Jersey.

»11 mañana: Barcaza doce, cargada con hortalizas, remolcada por el *Nelly-B* hasta terminal East-River.

»1 tarde: Barcaza doce, descargada y remolcada por el *Patsy-C* al muelle de seguridad SR.

»3,30 tarde: Barcaza doce, remolcada por el *Rosalind-K* al muelle Blochman del Sur, donde permanece anclada a causa de la tormenta.

»10 noche: Según testimonio de Fox Hilton Tom Coplan abandona embriagado el bar Timonel, dirigiéndose al muelle Sur».

Expuso ella:

—Cuando el remolcador doce no funcionaba, mi padre patroneaba la barcaza doce. Guardándose el horario, comentó Barton:

—Habla tú con los patrones de los tres remolcadores. Esta noche ya no puedo hacer nada. Tengo que irme ahora.

—¿Por qué?

—Porque mañana por la mañana tengo que enviar mi reportaje. Y después, localizar al que era patrón del *Rosalind-K* aquel día, 20 de febrero.

Se dirigía a la puerta y la alcanzaba ya, cuando Gail Coplan le besó en la mejilla. Lo interpretó él como un gesto puramente fraternal.

Al mediodía siguiente llegaba al terminal de Jersey, y entró en la caseta del guardián del muelle. Un viejo, de rostro momificado.

—Buenos días. Trato de concretar los desplazamientos de una barcaza de la Compañía Blochman.

Sin apartar la vista del periódico, pidió el guardián:

—Concretemos primero quién es usted.

—Periodista.

Mostró Barton el carnet facilitado por Arline Hart, acreditándole al servicio de la Empresa Raymond Stone.

Doblando el periódico, el guardián estudió el carnet, y posando después los ojillos en Barton, afirmó:

—No tiene aspecto de periodista, sino de estibador.

—Lo fui. Y pasemos a lo que me interesa saber. Hace cosa de un mes, en la mañana del veinte de febrero la barcaza doce Blochman estaba cargando en este muelle. Usted debió verla.

—¿Y Supone que pueda yo acordarme de algo que pasó hace un mes?

—Usted tiene un registro.

—No los guardo. Van a parar cada día a la oficina principal. Y aunque los tuviera aquí, sería igual. Usted dice que la barcaza cargó aquí, y así lo tuve que registrar, pero ¿qué puedo recordar acerca de la carga? Ya que fue estibador, sabrá que al cabo del día pasan por cada muelle docenas de barcazas. ¿Va uno a recordar algo de lo que pueda suceder, salvo ser incendio, hundimiento o follón por el estilo? Usted mismo, ¿recuerda con exactitud lo que hizo el veinte de febrero?

—Yo sólo esperaba que pudiese recordar... o que conociese a Tom Coplan.

—¿Tom Coplan? Claro que le conozco. Sorprendido casi tartamudeó Barton:

—¿Dice... que le conoce?

—Sí, claro. ¿Qué de particular tiene que le conozca?

—Claro... Le ha visto recientemente, ¿no?

—Pues, no, ahora que recuerdo. Hará ya cosa de semanas.

—¿Le habló a Tom en la mañana del 20 de febrero?

—Naturalmente que le hablé. Usted no me preguntó por Tom Coplan, sino por una barcaza. ¿Cómo iba yo a saber que era la de Tom? Éste es el inconveniente con la juventud moderna. Dan más importancia a las máquinas que a los seres humanos.

—¿Está seguro que fue la mañana del veinte la última vez que vio y le habló a Tom?

—Segurísimo. Sin necesidad del registro. Eran cerca de las diez y hacía ya meses que no había visto a Tom. Suele trabajar por otros muelles. Y desde entonces, no le he vuelto a ver.

—Ni volverá a verlo. Ha muerto.

—¿Muerto? —Y, atónito, repitió el guardamuelles—: ¿Muerto?

—Dicen que cayó por la borda mientras acertaba cables durante la tormenta.

—¿Tom Coplan cayendo por la borda? ¡Y un cuerno! Tom Coplan tenía en sus botas la misma seguridad que un gato sobre un alero.

—¿De qué hablaron aquella mañana?

—Me invitó a subir a bordo para jugar una partida de damas. Le dije que no podía porque estaba rondando el de aduanas.

—¿Qué aspecto tenía Tom? ¿Dijo algo extraño?

—Su aspecto de siempre, buen humor y frases raras de hombre

que lee mucho. Me dijo que nada mejor que ser amo de sí mismo, como un patrón de remolcador y barcaza. Y nada más. Yo regresé a mi cuartucho, No he vuelto a ver a Tom... y ya no lo veré más. No somos nada, joven.

Despidiéndose fue Barton a embarcar en el *ferry-boat*, la barcaza con rieles comunicando ramales de tren entre riberas. Contempló el eterno panorama portuario.

Aquel día el agua parecía limpia, hasta que pasó un remolcador. Un cocinero volcó por encima de la borda el cubo de la basura. Los desperdicios formaron una estela de inmundicia.

Era una escena muy corriente, pero que producía malestar en Barton. Un gesto rutinario en el cocinero, pero aquel gesto simbolizaba algo sucio mancillando las aguas.

Poco después desembarcaba en el muelle East River, dirigiéndose a las grúas de descarga.

Preguntó por el capataz.

—Henry Sax. Está ahora a bordo del bananero.

Ascendió Barton por la pasarela que conducía a bordo de la barcaza que descargaba fardos de plátanos procedentes de las Antillas.

No cabía dudas acerca de quién era el capataz. Estaba en el puente de toldilla vigilando los movimientos de una grúa.

Parecía de poca estatura por la desmesurada anchura de sus hombros. Una cabeza redonda, maciza, y un cuello de toro.

Deteniéndose a su lado, indagó Barton:

—¿Henry Sax?

El capataz posó en él dos pupilas semejantes a dos guijarros plomizos.

—Sí. ¿Qué pasa?

—Intento concretar los desplazamientos de un amigo mío llamado Tom Coplan. Era patrón de remolcador y barcaza. Número doce Compañía Blochman. ¿Le conoce?

Alzó los hombros Sax, y el gesto pareció poner en peligro las costuras de su cazadora de cuero.

—Usted es el capataz principal de descarga, ¿no?

—¿Y qué?

—La barcaza doce ancló aquí para descargar hortalizas hacia el mediodía del veinte de febrero último. Venía del terminal de Jersey.

¿Se acuerda?

—No.

—Pero usted como capataz principal lleva nota de todo.

—¿Sí? Entonces quiero llevar nota de lo que hace usted aquí.

Meditó Barton que mencionar que era periodista no haría más locuaz a Henry Sax. Podía decir que trabajaba para Lacey, pero necesitaría pruebas. En los servicios de algún jefe de grupo.

Declaró Barton al azar:

—Soy amigo de Nick Kester.

El único cambio de expresión en Sax fue entornar los párpados. Y sólo aquel cambio le convirtió en siniestro y amenazador.

—Váyase al infierno —masculló—. No quiero a ningún esbirro de Kester pisando mi terreno.

—Tom Coplan fue asesinado y quiero saber por qué. Sax crispó los puños y apartó un poco los pies.

—¿Se larga o le tiro por la borda, compadre? Brent Barton abandonó por su pie la barcaza.

Dejando atrás los almacenes y hangares, se detuvo para dejar pasar un aluvión de camiones. A su lado se detuvo también uno que dijo en voz baja:

—Tengo una información para usted.

Un individuo flaco, de manos deformadas por las tareas portuarias. Un rostro huesudo, receloso, y una expresión especial alentando en los negros ojos. La expresión que podía definirle era miedo, pensó Barton.

—Vayamos donde podamos hablar —apremió el desconocido.

Señaló Barton una cantina al otro lado de la avenida, pero el desconocido denegó con la cabeza:

—Allí me conocen. No quiero que me vean hablándole. Le espero en Tower, junto al puente.

Le siguió Barton. Llegaron a las sombras formadas por las grandes pirámides de bloques que soportaban los arcos del puente. El flaco escudriñaba en torno, como un animal atemorizado.

—Es una locura y no debería hablar con usted.

—¿De qué tiene miedo, amigo?

—Trabajo para Henry Sax.

—Ya. Y a él no le gustaría saber que usted... Cálmese, amigo. ¿Qué quiere contarme? Para apaciguar al descargador le colocó

Barton una mano en el hombro huesudo.

—Usted... estuvo preguntando por Tom Coplan. Les oí cuando hablaba con Sax. Yo vi a Coplan aquel día. Yo estaba en la gabarra que ayudaba a la descarga de la barcaza doce.

—¿Notó en él algo anormal?

—Parecía muy preocupado.

—¿Cómo pudo darse cuenta?

—Porque ni siquiera echó una mano cuando su barcaza ancló junto a mi gabarra. Tom Coplan siempre ayudaba, echando cables, pero no lo hizo aquel día. Permaneció en su cabina.

—¿Algo más?

—Sí. Cuando terminó la descarga, Coplan salió de su cabina y para alcanzar el muelle pasó por mi gabarra. De costumbre, siempre me hablaba o me contaba alguna broma. Aquel día pasó por mi lado, silencioso. Y ocultaba un paquete debajo de su camisa.

—¿Un paquete? No podía ser muy grande entonces, si lo ocultaba bajo la camisa.

—Un paquete no mayor que un cartón de cigarrillos. Pero estaba envuelto en tela impermeable, y atado con bramante embreado. Me pareció algo extraño en Coplan.

—Coplan pasó al muelle. ¿Fue la última vez que le vio?

—No, porque tinos diez minutos después regresaba, y seguía llevando aquel paquete. Abultaba bajo su camisa. Entró en su cabina escondiendo el paquete y volvió a salir. Esta vez sí que me habló, pero seguía teniendo aspecto preocupado.

—¿Eso es todo, amigo?

—Eso es todo, salvo que yo tengo mi propia idea.

—¿Y cuál es?

—Me pareció que Coplan estaba liado en algo de contrabando. Supongo que tendría que llevar a alguien el paquete, pero perdió el contacto en tierra y tuvo que regresar con el contrabando sin poderlo entregar.

Tratando de ocultar un tono hostil, preguntó Barton con simulada indiferencia:

—¿Y ahora espera usted que vaya a contarle esto a la policía?

Los negros ojos, huraños, miraron rectamente a Barton por vez primera.

—No le tengo por un chivato. Le oí decir a Sax que usted era

amigo de Kester. Y si es así, usted no puede ser un chivato.

—Ha corrido el riesgo de perder su trabajo con Sax, o algo peor, ¿y todo porque soy amigo de Kester?

—No conozco personalmente a Kester, pero confío en él. Está intentando echar de los muelles a chupasangres como Lacey y Sax con sus pandillas de matones, ¿no? Y por lo tanto, yo confío en Nick Kester. Un hombre debe confiar en alguien, creer en algo, ¿no? Un hombre se moriría de asco si no pudiera creer en algo y en alguien, ¿no, amigo?

Había ansiedad en el rostro huesudo y huraño, casi desesperación. Conmovido, Barton apretó la diestra en torno al hombro de su informador.

—Sí, amigo, un hombre ha de creer en algo y en alguien.

Esta frase pareció tranquilizar de momento al desconocido, que sonriendo, alzó la mano en gesto de despedida, antes de emprender una retirada de animal acosado, mirando a un lado y otro, de soslayo, deslizándose.

Otro más de los que vivían en agónico temor de la Mafia de los puertos.

CAPÍTULO V

Alejándose, pensó Barton que, tácitamente, había dado por bueno que era apropiado confiar en Nick Kester.

Tal vez porque lo consideraba menos sanguijuela que Curt Lacey.

Telefonó a Gail Coplan, a las oficinas de la Blochman, quedando citados para comer juntos.

Le explicó Barton toda la información que había conseguido, y al terminar él, comentó Gail:

—Por lo tanto, algo le ocurrió a mi padre entre el momento que abandonó el muelle de Jersey y el momento que llegó al muelle SR.

—Lo que ocurrió fue que estaba en posesión de un paquete que parecía tenerle preocupado.

—¿Y quién le entregó dicho paquete? ¿Qué contenía? ¿Por qué le preocupaba? ¿Y con quién trataba de entrar en contacto?

—Tal vez no tenía ninguna cita concertada de antemano cuando bajó a tierra. Tal vez tenía que telefonar solamente a alguien. Y tú, ¿has conseguido alguna información?

—Hablé con los patronos de *Rosalind-K*, *Nelly-B* y *Patsy-C*. Estos dos últimos dicen que nunca vieron a mi padre tan poco comunicativo y tan holgazán. Pensaron que tal vez no se encontraba bien. Porque él siempre echaba una mano para las amarras.

—Lo mismo me dijo el de la gabarra.

—Todo esto demuestra que mi padre se vio mezclado en algo que le preocupaba.

—O que le asustaba.

—Es posible, aunque era valiente.

—Hay ocasiones, Gail, en que el más valiente siente miedo en esta maldita charca de hampones.

—De acuerdo, Brent. Lo que tenemos que averiguar es por qué estaba asustado, saber qué era lo que le producía miedo. Y entonces

sabremos quién ordenó que lo matasen. Ya hemos hecho algún progreso.

—Muy poco.

Pensaba Barton en su reportaje.

Bay Stone no quería indicios ni teorías, sino «hechos y verdades».

—Fíjate, Brent... Sabemos que a primera hora de la mañana, mi padre estaba como siempre, alegre y deseando jugar a las damas. Pero a la una, en el muelle SR, estaba inquieto, preocupado o asustado. Fuese lo que fuera el paquete impermeable, por ejemplo, lo cierto es que algo le sucedió entre las once y la una. Ahora sabemos que debemos investigar entre once y una, mientras le remolcaban el *Nelly-B* y el *Patsy-C*.

—Dos horas de tormenta y navegación... Por cierto, ¿se me ocurre una idea! Mientras volvía en el *ferry* vi a un cocinero de remolcador volcar desperdicios al agua. ¡Podría ser eso!

—No te comprendo, Brent.

—El de la gabarra describió el paquete diciendo que estaba envuelto en tela impermeable y atado con cordel embreado. Supongamos que alguien tirase el paquete al agua, con corchos para flotación, en un sitio convenido para que al paso lo recogiera Tom...

Denegó ella con la cabeza:

—¿Quieres insinuar que mi padre habría concertado una especie de cita en medio del puerto, entre su barcaza y algún barco? Mi padre no podía aquel día responder de sus desplazamientos, puesto que no patroneaba un remolcador, sino una barcaza que era remolcada.

—Es necesario partir de una teoría Gail, de algo a que asirnos. En cualquier teoría hay muchas lagunas, pero necesitamos un punto de arranque. Más tarde, se rellenan las lagunas y puede descartarse toda la teoría si es falsa. Pero necesitamos un punto de arranque.

—Bien, repíteme entonces cuál es tu teoría.

—Supongamos que alguien de un barco libre de movimientos, esperaba el paso de Coplan en su barcaza. Supongamos que este alguien tiró al agua el paquete con flotadores y Tom lo pescó.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Porque era el mejor sistema para pasar el paquete de

contrabando. Las aduanas no registran a un patrón que pasa el día en el puerto.

Brillantes los ojos, enrojeció ella:

—Estás acusando a mi padre de prestarse a sucios trapicheos.

—No te enojés, chica. Es una teoría que parece lógica, por ahora, y mientras no encontremos otra mejor.

—Si fuera así, ¿por qué lo mataron, entonces?

—Pudo brotar una discusión sobre el reparto del dinero obtenido.

—¡Tú no puedes creer eso! ¡No, no puedes creerlo, Brent!

—Yo no creo en nada firmemente, pero insisto en que debemos partir de una teoría, Gail, hasta demostrarla o descartarla. Si era contrabando, el barco que echó el paquete venía de alta mar, porque no iba a ser uno ya anclado, o del puerto. Podemos controlar por el registro, los barcos que aquel día entre nueve y una entraron en el puerto.

—Podemos. Pero hay registros que pasan todos a la oficina de Kester o de Lacey.

—Pero también están los registros de los remolcadores para el atraque. Debemos procurarnos copia de los registros de barcos entrados aquella mañana. Si obtienes algo positivo, telefonéame al hotel, y me citas.

Asintió ella y con fuerza impulsiva apresó a Barton por la muñeca:

—Demostraremos, tenemos que demostrarlo, que mi padre no estaba en complicidad con ninguna banda.

—Seguro que lo demostraremos, pequeña.

Dejó a Gail ante su oficina, y en el hotel pasó horas componiendo el reportaje para enviarlo a Ray Stone. Cuando lo depositó en Correos, compró un frasco de *scotch*.

En su habitación fue bebiendo lentamente, pensando que resultaba muy posible que el honrado Tom Coplan hubiese claudicado, prestándose a ayudar a los traficantes que pululaban por los muelles.

Personalmente le costaba creer en ello, pero todo parecía demostrarlo. Y estaba ya sintiendo deseos de abandonarlo todo.

No le importaba ya que Arline Hart le considerase entonces un inepto, un fracasado. Siguió bebiendo hasta que las nieblas

invadieron su cerebro.

Era ya plena mañana cuando despertó con dolor de sienes, boca reseca y oyendo un rumor creciente.

Repicaban en la puerta.

Fue a abrir y el conserje del hotel tendió dos hojillas de bloc:

—Dos llamadas telefónicas. Ambas, dijeron ser urgentes. Por esto me he tomado la molestia de despertarte.

—¿Qué hora es?

—Van a dar las doce.

El conserje miró significativamente el frasco vacío, tumbado en la mesita, junto a la máquina portable de escribir.

Le dio Barton medio dólar, cerrando la puerta.

Una llamada era de Arline Hart, la secretaria de Stone, pidiéndole que telefonease tan pronto le fuera posible.

La otra era de Gail Coplan, diciéndole lo mismo.

Recordó Barton que no le había dicho a Gail que en el hotel se había inscrito como Albert Norton.

Por consiguiente, el conserje sabía desde un principio que él era Brent Barton.

Mientras se duchaba pensó que podría agarrar por el cuello al conserje, obligándole a decir a quién comunicó su verdadera identidad, y de quién cobraba un sueldo extra.

Desistió. Aquel viejo era un pececillo sin importancia en la charca de los tiburones. Bajó a la cabina, marcando el número del despacho de Arline.

Contestó ella misma:

—Brent... Parece como si hiciera años que nos hemos separado.

—Pensaba ir antes a la ciudad, pero estuve muy atareado.

—Stone desea verte esta misma tarde.

—¿Pasa algo?

—Sí. No le gusta el modo como estás enfocando los reportajes.

—¿Ah, no? ¿Y por qué?

—Nada de particular, cariño. Sólo que cree que está mal enfocado. Pero si tú estás seguro de que llevas el asunto bien, puedes convencerlo. He concertado la entrevista para las cuatro en punto. ¿Puedes?

—Sí. A las cuatro.

—Pasa primero a verme por mi despacho, cariño.

—Sin falta.

Colgó para marcar otro número. El de la Compañía Blochman, oficinas administrativas. La voz de Gail Coplan resultaba muy infantil después de oír el grave contralto de Arline Hart.

—Brent... Brent... —musitaba ella con evidente excitación—. He encontrado algo que me parece importante. No puede ser una coincidencia, y tiene que ser forzosamente algo decisivo.

—¿Qué es?

—No puedo decírtelo por teléfono. ¿Cuándo puedes verme?

—Tengo que ir a la ciudad y regresaré algo tarde. A menos que quieras que vaya ahora mismo, pero tengo una cita importante.

—Puedo esperar hasta la noche, Brent. Pero ven a casa tan pronto puedas.

—Sin falta.

Colgando, pensó Barton que el engranaje ya empezaba a funcionar.

Pero resultaba primeramente esencial no fallar a la cita con Raymond Stone, el hombre por cuyo afán de verdades volvía a estar sumergido en las tinieblas de la charca de los hampones.

CAPÍTULO VI

El rascacielos era como una catedral del comercio. Doce ascensores funcionaban constantemente.

Por la rampa asfaltada remontando en espiral, ascendían los coches último modelo de los triunfadores propietarios de aquellas oficinas.

En el piso treinta y siete se hallaba la Compañía Raymond Stone.

Un enorme vestíbulo contenía una serie de marcos reproduciendo ampliadas portadas de *Hechos y Verdades*, *Jardinería y Artesanías*, *Belleza y Hogar*.

Una veintena de mecanógrafas en plena actividad y atareados botones de rutilante uniforme plateado. Antes de llegar al santuario de Ray Stone se interponían seis despachos.

Secretaría general de recepción, secretaría particular, secretaría de personal, secretaría de colaboradores, secretaria general de Stone, y, por fin, secretaria particular de Stone.

Un despacho con alfombra color melocotón que se hundía bajo los pies. Mobiliario claro, y tras la extensa mesa, Arline Hart.

Un sastre gris masculinizaba a primera vista su cuerpo. Pero Barton sabía que era un gran dominio de sí misma lo que constituía la fachada de fría mujer de negocios.

Había en ella parpadeos, contracciones vibrátiles, que revelaban a la mujer netamente femenina, ansiosa de hallar al hombre dominante.

Levantándose, ella le besó. Un simple roce, casi insustancial. En las horas de trabajo, Arline era una secretaria eficiente.

—Faltan aún unos minutos, cariño —indicó ella, volviendo a ocupar su trono tras la mesa.

Barton sentóse en uno de los sillones frente al despacho.

La palabra «cariño» era un calificativo que Arline empleaba como si dijese: «Correspondo a su atta.», o «De Ud. affmo...»

Aquella frialdad exterior era precisamente su mayor encanto, pensó Barton viéndola hablar por el dictáfono:

—Comuniquen al servicio de recepción para citas convenidas que el señor Barton está en mi despacho.

Cerró el contacto, inquiriendo:

—¿Cómo van las cosas, Brent?

—Todo consta en los reportajes que he enviado.

—Stone dice que no has enfocado el problema desde el ángulo certero.

—Pues yo persisto en que logré un arranque plenamente humano. Nada de monigotes de papel, sino pura humanidad.

—Tendrás que convencerle, cariño.

—A eso vine.

Se encendió un destello en un cuadrante. Una voz masculina recitó:

—El señor Stone recibe al señor Barton.

Arline rebuscó en su bolso, y dijo apresuradamente:

—Tengo algún trabajo pendiente, y tal vez no esté aquí cuando salgas de tu entrevista con Stone. Puedes dirigirte directamente a mi piso. Encontrarás provisiones y champaña en la nevera.

Cogió él la llave. Ella estaba ligeramente sonrojada. La besó con ímpetu, casi con rudeza. Y cuando la apartó, ella seguía con los ojos cerrados.

Le costó un esfuerzo a Barton recordar que le esperaba Stone.

El despacho del gran jefe era vasto como un salón de baile en una embajada.

Raymond Stone personificaba el financiero con pupila de águila, pero cordial, directo.

Se cuidaba dando la impresión del saludable deportista, campechano, pero distinguido.

Cuando suponía que un colaborador estaba plenamente en forma y en vena de aciertos, Stone se hacía casi paternal.

Se incorporó para estrechar vigorosamente la diestra de Barton y al sentarse de nuevo, dijo sonriente:

—He estimado conveniente un intercambio de impresiones, Brent. He leído con sumo interés sus folios. Debo confesar, sin embargo, que su manera de abordar el problema se me escapa. Defíname su ángulo posicional, Brent.

Nick Kester había dicho: «¿Cuál es tu postura?». Ray Stone solicitaba el «ángulo de enfoque».

Fue especificando Barton:

—Tal como yo lo veo, la verdad sobre los muelles, ha de enfocarse desde el punto de vista de la verídica historia de un portuario, de su lucha por conservar la dignidad y el derecho a un trabajo limpio. En ningún sitio como en los puertos, el trabajador se ve tan zarandeado ni amenazado por la tenebrosa zarpa de una Mafia especial. Y si pretende enfrentarse con los poderosos, lo sacan del agua, muerto, aprisionado entre dos barcazas. Esto es lo que le sucedió a Tom Coplan. Y contando la historia de Tom Coplan, publicaremos los hechos y las verdades de los puertos. Humanos y reales.

—Ese Coplan ¿no era un bebedor charlatán?

—Ésta es una etiqueta falsa. Bebía como cualquier otro hombre que trabaja y necesita un poco del estímulo alcohólico. Y charlaba porque tenía mucha lectura asimilada. Y siempre supo mantenerse alejado de los bandos en pugna.

—Comprendido —aprobó Stone—. Siga retratándome a Coplan.

—Si en vez de nacer en el barrio de los muelles, Coplan hubiera nacido en un pueblo agrícola, habría sido un cultivador laborioso, con tendencias a filósofo, apreciando el canto de los pájaros y enseñando a los críos a respetar las flores. Era un hombre inofensivo, decente... Que tropezó de pronto con algo ilegal, todavía no sé qué, y fue asesinado. Es un símbolo de lo que debe ser barrido de los muelles. La opresión por la violencia. Su muerte la adoptamos y presentamos como un símbolo. Dejó huérfana a una chiquilla que trabaja valientemente en una oficina.

—Y ella, ¿opina que su padre fue asesinado?

—Por completo. Es más... Ya tenemos una pista. Gail, es decir, la hija de Coplan, me ha telefoneado hace poco. Estuvo controlando los registros de barcos y remolcadores que salieron a alta mar el día de la muerte de Coplan. Y ha encontrado algo importante, pero no quiso revelármelo por teléfono. La veré esta noche, y tengo el convencimiento de que me proporcionará la primera prueba evidente.

Reclinándose hacia atrás en su sillón, Stone adquirió un aspecto reflexivo:

—Veamos si le he comprendido bien, Barton. Un intelectual muere en los muelles y usted quiere presentarlo como una especie de mártir bondadoso. Pero un testigo le vio salir borracho de un bar. Usted quiere que publiquemos que este testigo es un embustero. La policía ha dictaminado que la muerte fue accidental, pero usted quiere que digamos que o bien la policía es incompetente, o bien ha sido sobornada. El viejo Coplan era una nulidad, y sin embargo, usted quiere dar a su vida y muerte un significado de símbolo y ejemplaridad.

Pensó Barton que era difícil explicarle a un hombre inteligente, pero con despacho en Manhattan, lo que era la existencia en los muelles.

—Escuche, Barton... Conoce las normas por las que se rigen mis publicaciones. Van destinadas a una mayoría. No se trata de enfocar un problema tal como lo vea usted o yo, sino como lo puedan comprender cientos de miles de lectores de la clase media. La vida y muerte de Tom Coplan puede ser una anécdota intercalada, pero el gran público lo que desea conocer es, por ejemplo, al gran villano, al genio tenebroso. Desea conocer dónde radica la fuerza de Nick Kester, por ejemplo.

Pestañeó Barton.

Sin embargo, era lógico que Stone tuviera otras fuentes de información antes de emprender una serie de reportajes.

—A primeros de mes, tengo que disponer de los dos primeros reportajes para imprimir, Barton. Ya dispongo de informes sobre Curt Lacey y sus maleantes. Por lo tanto, lo que necesito es un completo reportaje sobre la vida, actividades y manejos de Nick Kester, reyezuelo de los muelles. Saque a la luz pública los métodos, la organización, los hombres que componen la fuerza de choque de Kester. ¡Esto es un enfoque directo, real y humano, Brent! Vamos, muchacho, adelante con ello.

Barton se encontró estrechando la diestra de Stone, escoltado por él hasta la puerta, y poco después sólo en el pasillo.

Había sido tratado no como un empleado a sueldo, sino como un invitado de honor. No le había dado ninguna orden. Se había limitado a charlar cordialmente manifestándole su opinión, no de jefe, sino de amigo en privado.

Y bajando en el ascensor, protestaba mentalmente, algo tarde:

«Oiga, jefe... Si fisgoneo en los asuntos de Nick Kester, encontrarán mi cadáver triturado en un callejón o hinchado entre dos aguas flotando como un sapo muerto. ¿Qué prefiere? ¿Un colaborador vivo contando la historia de Tom Coplan, o un fiambre sin provecho más que para los gusanos?».

No podía largarle esta protesta, ya que hubiese significado la cancelación de los reportajes contratados.

Y ahora, ¿qué le tenía que decir a Arline?

«Escucha, preciosa, tú pensaste que yo era un tipo rudo, conocedor de los bajos fondos portuarios. Un paladín sin miedo. Y la realidad es que pensando en Nick Kester me castañetea las muelas. Porque yo vi a Duval empleando su cuchillo. Vi a Milo Samson convertir un rostro en papilla. Vi a Kester pelear a muerte contra tres descargadores, empleando calabrotes de hierro, garfios, palancas... Tú creíste que yo era un idealista, un apóstol, un tío bravo, y la verdad es que yo acepté tu oferta de ir a los muelles a pescarle reportajes a Ray, porque necesitaba el dinero que tal tarea suponía para mi bolsillo vacío». En la calle, seguía Barton discutiendo consigo mismo. La realidad significaba, para proseguir, enfrentarse con Nick Kester.

Y le faltaba el valor, porque sabía que equivalía a suicidarse.

El edificio donde estaba el piso habitado por Arline, era pulcro, policromo y tan nítido que inducía a quitarse los zapatos para pasar el interior.

Eh el segundo piso había cuatro departamentos. El de Arline llevaba su nombre en letras marfil sobre fondo palo rosa. Y la mención: «Secretaria de Dirección».

Un recibidor «monísimo» diría burlonamente Gail Coplan. Dorados, mármoles, luces indirectas. Y en el *living* había una licorera en ébano y marfil, que casi parecía un diminuto piano.

Barton se escanció *whisky*, hundiéndose en el blandísimo sillón. Hojeó revistas, se asomó a las ventanas, silbó melodías... No quería pensar en la charca de hampones.

Hacía ya dos horas que estaba esperando cuando entró Arline que, aproximándose le besó en la frente, amistosamente, diciendo:

—Prepárame un Martini, cariño. Unos minutos tan sólo, mientras me cambio.

Preparando el Martini pensó Barton que el «cambio» para Arline,

significaría quitarse el abrigo y guantes.

Y vista la calefacción quitarse también la chaqueta sastre, para reaparecer con la varonil blusa camisera.

Reapareció Arline. Barton silabeó:

—Sopla...

Estaba viendo una viva imagen de foto del *play-boy*.

Arline, susurrante en sedas, gasas y encajes se dirigió rectamente a la mesita, cogiendo el vaso con el combinado.

Era un prodigio aquel juego de colores negros y melocotón.

Pensó Barton en el pobre Adán allá en el Paraíso. Tal vez porque la bata transparente era color manzana.

Pensó también que tal vez Arline deseaba que él declarase lo antes posible que estaba dispuesto a pasar ante el juez matrimonial.

Tintineó el vaso cuando ella lo dejó con mano trémula sobre el cristal de la mesita. Se volvió lentamente, ruborosa, parpadeante.

Brent Barton, más que enlazarla, la aprisionó vorazmente como a una sumisa odalisca conquistada al abordaje.

CAPÍTULO VII

—Desde un principio te quise y me sentí atraída, Brent. Estoy convencida que formaríamos un matrimonio perfecto.

Contemplando al trasluz el ambarino licor, asintió Barton:

—Es posible, pero antes necesitas oír ciertas cosas, Arline. Ray me habló cariñosamente como a un colegial travieso y despistado. «Muy bien, chico, pero no es lo que yo quiero. Déjate de contar melodramas y ataca a fondo»... Total, que no aceptó mis dos primeros reportajes relatando la vida y muerte de Tom Coplan. Te lo digo, porque tú me hablaste de estos reportajes y estabas convencida que serían el comienzo de mi carrera triunfal.

Envuelta en señorial batín acolchado, Arline volvía a ser una secretaria de dirección en charla amistosa:

—Nada cambia, cariño. Sigue la orientación que te dio Stone.

—¿Meterme con Nick Kester? ¿Declararle la guerra yo solo? No es únicamente esto, Arline. Yo escribí inspirado porque conocí a fondo a Coplan, y su muerte me ha indignado.

¿Qué sabe Ray Stone de los problemas humanos de los muelles?

—Cuanto dices no es obstáculo para lo que yo he dicho, cariño. Si nos queremos...

—Por un momento, deja esta cuestión aparte, Arline. Tú no podrías casarte con un fracasado, con un imbécil que, como yo, quiere escribir a su gusto, no al ajeno...

El hermoso semblante, poco antes sumiso, era ahora severo. La voz de contralto ya no contenía arrullo.

—¿Me estás preguntando si comparto tus puntos de vista o los de Stone?

—Eso es. Cuando me ofreciste esta magnífica oportunidad dijiste que colaboraríamos en los reportajes.

—Sí, pero dándole a Stone lo que quiere.

—¿Porque es el patrón? ¿Porque paga?

—Naturalmente, cariño. Es de una lógica aplastante cariño. Si vas a la tienda a comprarte unos calcetines grises, ya que los pagas, no aceptarás que el dependiente te entregue a la fuerza unos calcetines verdes. Y, además, Stone es un hombre, inteligente, con visión acertada.

—Seguro... Es inteligente, guapo y figura en la lista de los diez hombres más elegantes de Manhattan.

Atónita, sinceramente sorprendida, rebatió ella:

—Es increíble en ti, Brent. Te consta perfectamente que Stone es el más correcto de los jefes. Y es mezquino en ti pensar cualquier otra cosa... Es absurdo que estés celoso de Stone.

—¿Por qué? Es guapo, rico, inteligente y distinguido. ¡Caray! Si éste no es el Príncipe Azul, no sé cuál será...

—No siento el menor amor por Stone —afirmó ella, fríamente.

—Pero puedes algún día sentirlo, o estar enamorada sin saberlo. En fin, esto parecerá idiota, pero puestos a elegir entre el díscolo y rebelde Barton o el metódico y civilizado Stone, no cabe duda en tu elección, Arline.

Replicó ella lentamente:

—Esta discusión es desplazada, Brent, y pasado el momento de apasionamiento lo has de admitir. Lo que te ocurre es que te ha molestado que Stone viera las cosas de otra manera. Y estás irritado, pero dentro de poco volverás a ser tú mismo. El hombre ecuánime, sin partidismos ni temores.

—Qué poco me conoces... Tú ves al hombre aparentemente rudo, con experiencia en los bajos fondos, que ha trabajado en diversas actividades y que de nada se asusta.

—Así eres.

—Pues te equivocas. No soy más que un tipo normal y asustado.

—¿Asustado, de qué?

—Stone insiste en que saque a relucir los manejos de Kester. Y me asusta Kester con su machacador Samson y su acuchillador Duval. Pensando en ellos sudo cobardía por todos los poros.

—No eres cobarde. Cuéntame quién es Kester.

—Tiene sus métodos especiales porque es algo obligado para sobrevivir en los muelles. Me expulsó hace cinco años, y me ha dado ya el primer aviso. No quiere que investigue nada en lo que él llama su charca. Es el jefe de una unión de descargadores y cumple

lo que promete.

—No te reprocho que estés asustado, Brent. Comprendo que por allá las cosas deben ser muy distintas. Pero puesto que conozco tu problema, creo que podemos imaginar alguna manera de complacer a Stone.

—En ningún supermercado venden valentía suicida, Arline.

—Estoy pensando que podríamos proporcionarte un reportero que pudiera ir donde tú no debas ir. Hasta podrías permanecer en la ciudad, y escribir a base de los informes que recogiese tu ayudante.

—Esto significaría abandonar la investigación sobre la muerte de Tom Coplan.

—Pero Stone no quiere ese reportaje. Olvídalo.

—Tom era un amigo íntimo. No puedo olvidarlo.

—Ya veo... ¿No será porque te interesas en Gail Coplan? He leído tus tíos primeros reportajes, Brent.

—Gail no es más que una chiquilla por la que siento afecto. Aclaremos bien este punto, Arline. Te quiero a ti, pero no pienso abandonar a Gail. No sé todavía si acumularé bastantes agallas para proseguir, pero me avergonzaría si la abandonase a ella, ahora que empezamos a tener pistas.

—Pues yo creo que seguir viéndola a ella, puede resultar peligroso para nuestras relaciones, Brent. ¿Acaso es ella más importante que tu trabajo? ¿Más importante que yo?

—Es distinto, Arline, totalmente distinto. Antes de hacerme cargo de estos reportajes, ya le tenía afecto a la chiquilla.

—¿Cuándo has de ver a esa chiquilla de veintidós años?

—Esta misma noche. Ha descubierto algo importante que no pudo decirme por teléfono. Y yo he prometido verla.

—Bien, entonces, ¿a qué esperas para ir a verla?

—A eso voy, porque es lo que debo hacer. Y levantándose, se dirigió al recibidor.

Se detuvo al llegar a la puerta.

Desde el otro umbral advertía Arline:

—Antes de irte es preciso que sepas algo, Brent. Yo no voy a ser una aventura para ti. Te quiero, pero has de decidirte y pronto, Brent. Si vuelves a visitarme particularmente ha de ser para decirme lo que quiero oírte decir: que estás decidido a prosperar, obedeciendo las normas que quien paga tiene derecho a señalarte. Y

tengo la plena convicción de que podemos formar un matrimonio perfecto, si te avienes a comportarte como un hombre inteligente, no como un indeciso sentimental.

Meditó Barton un instante que parecía imposible que aquella mujer fríamente concreta, pudiera ser la que poco antes había sido tan apasionada.

Contestó secamente:

—Así lo haré, Arline. El día que decida ser sensato a tu modo, vendré para decirte que a lo mejor resulto un marido modelo. Buenas noches.

A medida que se acercaba a los barrios portuarios, iba olvidándose de la amarga despedida con la secretaria de Raymond Stone.

No dejaba de reconocer que en el fondo tenía ella razón.

Pero por el momento lo que le interesaba era saber qué era lo que había averiguado Gail Coplan.

Al llegar ante la puerta con su mirilla, llamó, repicando con los nudillos. Esperó unos segundos, y volvió a llamar. La puerta se abrió.

—Soy yo, Gail —anunció entrando.

La luz estaba encendida. Una sombra se movió, y sólo pudo verla Barton de soslayo.

Antes de que pudiera identificarla, la sombra pareció alargarse en el impacto que se estrelló en su nuca.

Se revolvió para intentar asir el brazo agresor, pero sus ojos estaban ya velados por el choque cerebral.

Cayó al suelo, sin sentido.

CAPÍTULO VIII

Intentó concentrarse en la pequeña mancha líquida distante apenas un metro de su rostro.

La miró fijamente hasta que una oleada de dolor y náuseas le obligó a cerrar los ojos y apretar la mejilla contra el suelo.

Al volver a abrir los ojos, pudo comprobar que la mancha líquida era sangre, extendiéndose.

Procedía de un trozo de tubería de plomo, cortado como una matraca.

El plomo tenía cabellos y sangre. El otro extremo estaba asido por una mano. Brent Barton miró con curiosidad aquella mano.

Siguió con la mirada desde la mano empuñando el trozo de plomo, a la muñeca, al antebrazo, al codo, al hombro, hasta cerciorarse de que era su propia mano la que empuñaba aquel trozo de plomo manchado en sangre.

Soltó la matraca, sentándose, luchando con una nueva oleada de náuseas. Fue palpándose la nuca. Percibía el abultamiento cálido y latiendo como un corazón, pero al apartar la mano y contemplarla, no había sangre en ella.

Por lo tanto, la sangre del suelo era de otra persona.

Poco a poco le volvía la noción de las cosas. Su amarga despedida de Arline, su caminata hasta los muelles, sus nudillos llamando a la puerta del domicilio de Gail Coplan, la sombra...

Se puso en pie, apoyándose en una pared, para dominar el vértigo.

Inspeccionó el cuarto. Nada en desorden. Ninguna señal de violencia, salvo aquella mancha de sangre.

Se acercó al cuarto de baño cuya puerta estaba entornada. La empujó, pero solamente cedía unos centímetros.

Había algo obstaculizando la puerta.

Entró ladeado, rozando con su cuerpo la arista del batiente. Y un

frío sudor le inundó mientras parecía convertirse en algodón.

Una debilidad que no se la producía los efectos del golpe en la nuca, sino lo que estaba viendo.

El cuerpo del Gail Coplan yacía de costado. Tenía la nuca convertida en una masa sanguinolenta.

Barton se arrodilló y cogiendo la mano femenina que yacía en el suelo palma arriba, empezó a golpearla suavemente, con delicadeza, como quien tranquiliza a un crío asustado.

Después oyó un murmullo parecido al resuello de un animal.

Comprendió que eran sus propios sollozos, roncacos, porque por su rostro resbalaban lágrimas ardientes de coraje.

Se levantó para inclinarse bajo el chorro, y mientras el agua duchaba su cabeza, iba repitiendo:

—Piensa, piensa con sentido común, con sentido común...

Alguien había asesinado a Gail. ¿Quién? Posiblemente la persona o personas que habían asesinado a Tom. ¿Por qué habían matado a Gail? Porque ella había descubierto algo relacionado con el asesino.

El cuerpo de Gail estaba frío. Hacía horas que había muerto. Pero el asesino esperó hasta que él vino. Por consiguiente, el asesino sabía que él iba a venir.

Le esperó para quitarle el sentido, y colocar en su diestra el plomo manchado en sangre de Gail... Había sus huellas. También estaban en la puerta, en el lavabo...

El asesino habría ido a telefonar, efectuando una llamada anónima a la policía.

Fingiéndose un vecino que oyera ruidos sospechosos en aquel departamento.

Miró su reloj. Había llegado a las ocho y veinte. Eran las ocho y treinta y siete. Sólo diecisiete minutos. Parecían horas.

Frotó con una toalla el borde del lavabo y el grifo. La puerta y sus manijas. La otra puerta. Contempló el desierto pasillo, y volvió a cerrar con la mano envuelta en la toalla.

Recogió el trozo de tubería y cuando estuvo limpio por su asidero, lo dejó de nuevo en el suelo.

No era momento de sentimentalismos. Ansiaba solamente una cosa. Vengar a Tom y a Gail.

Llegaba a la esquina cuando oyó la clásica sirena. Y un coche

patrulla pasó por su lado. «Sigue tranquilo, Brent. No saben que acabas de salir de allí. No corras, Brent. Ha resultado tal como calculaste. El asesino tardó unos cinco minutos en llegar a un teléfono. La policía no iba a venir a toda velocidad para interrumpir lo que podía ser una simple querella familiar con vuelo de vajilla. No iba a decir el asesino que había una chiquilla machacada... ¡Maldita bestia! Te machacaré, te machacaré...»

El coche policial estaba detenido ante la casa en uno de cuyos departamentos yacía muerta Gail.

Barton caminando normalmente llegó a una cabina telefónica. Marcó números.

—Arline Hart. ¿Quién?

—Soy Brent. Por favor, no me interrumpas. Han asesinado a Gail. El que lo hizo estaba todavía allí cuando yo llegué, pero no pude verle. Me golpeó y perdí el sentido. Al recuperarlo, yo empuñaba el arma que mató. He escapado, sin dejar huellas.

—¡Brent! Por lo que más quieras... Yo conseguiré que Stone mande a otro periodista a los muelles. Ven.

—No, querida. Aunque sea lo último que haga en mi vida, sigo adelante, y esta vez sin indecisiones, recto al bulto. Pero te necesito, Arline.

—Cuenta por completo conmigo, cariño.

—Es posible que la policía me interroge. Yo he estado contigo hasta ahora, ¿comprendes?

—Estuviste conmigo hasta ahora, cariño.

—Entiéndeme bien. Yo salí del despacho de Stone hacia las cuatro y media, llegando a tu piso a las cinco, pero allí te esperé hasta las siete. Y creo que fue en estas dos horas cuando murió Gail. Por lo tanto, tendrás que jurar, si te interrogan, que yo estuve contigo desde las cinco a las ocho. ¿Decidida, Arline?

—Por completo. Pero ahora estás abrumado, nervioso... Piensa que todo lo que puedas hacer no le devolverá la vida a Gail.

—De cinco a ocho he estado contigo. ¿De acuerdo?

—Brent, ¿no vas a echarlo a perder todo? Me refiero a tu trabajo.

—¿Mi trabajo? —murmuró Barton, vagamente—. Ah, sí... Puedes decirle a Stone que estoy escribiendo la historia de Tom y Gail Coplan. La podrá publicar o no, pero yo la escribiré hasta el

último, capítulo.

—Ten cuidado, Brent, porque si te pasase algo, yo... Hubo algo parecido a un sollozo, y Barton afirmó:

—Soy el primer y principal interesado en vivir, Arline. Ya volveré a llamarte. Colgó para evitarse explicaciones.

Caminando por los muelles, sintió que solamente experimentaba un firme y frío coraje.

Había desaparecido todo temor.

Le bastaba recordar la triste postura de encogimiento mortal de una chiquilla huérfana, tendida de costado, en abandono definitivo.

En las oficinas de Blochman Brothers había un empleado nocturno, encargado del registro de movimientos de barcazas y remolques de la compañía, que le eran comunicados por radio y teléfono...

Miró a Barton con ojeada recelosa.

—¿Ha llegado Gail?

—¿La hija de Coplan? No trabaja por las noches.

—Es que me citó aquí. La esperaré.

Y señaló el despacho de Gail. El empleado iba a protestar, pero la centralilla telefónica reclamó su atención.

Ocupando la silla que nunca más volvería a emplear Gail, Barton examinó la mesa: lápices, clips, gomas, diagramas impresos, y cuartillas en blanco entre dos blocs sin anotaciones.

El empleado terminó su conversación telefónica y volviéndose sobre su sillín, inquirió:

—¿Quién me dijo que era?

—Un amigo de Gail.

—¿Sí? Pues es usted el segundo amigo que ha venido esta noche a esperarla, y que como usted, ha estado echando un vistazo al despacho de Gail.

—Vaya... ¿Y qué aspecto tenía ese otro amigo?

—No sólo examina usted las cosas de Gail, sino que además hace preguntas. Con este sistema se puede buscar un lío, amigo.

—Depende, amigo. A veces topo con alguien comprensivo a quien no le viene mal ganarse cinco pavos.

—Tengo mi sueldo, y hoy en día por cinco pavos no vale la pena ni gastar saliva.

—Por diez, quizá sí.

Y empujó Barton un billete de cincuenta dólares sobre la mesa, dejándolo bajo un bloc.

—¿Qué trata usted de comprar?

—Sólo la descripción de cómo era el otro amigo que se me adelantó.

—Usted no es de la poli, porque si lo fuese en vez de enseñarme este billete, me hubiera mostrado la chapa.

—Exacto. ¿Cómo era el otro?

—Aproximadamente de su misma estatura, pero mucho más grueso, pesado, con cara de perro dogo, de unos treinta y cinco años, llevando cazadora, jersey y gorra de visera.

—Hay cientos así por los muelles.

—Pero éste tenía un detalle distinto. La nariz ladeada.

—¿Rota recientemente?

—Oh, no... Se le veía que era de antiguo, como si hubiera recibido un buen patadón. Le dejé mirar el despacho, porque yo sólo peso sesenta kilos, y no le hubiese durado a Nariz Rota ni media torta.

—¿Encontró él lo que buscaba?

—No lo creo, porque salió con cara todavía más de dogo. De dogo furioso. Me preguntó si la había oído a ella hablar por teléfono con alguien. Le dije que yo no trabajo en el turno de día.

—¿Cuándo se fue?

—Hará cosa de unos diez minutos.

Se inclinó Barton como si se rascase el tobillo. Pudo recoger del cesto de papeles, uno con algo escrito.

Poniéndose en pie, tendió el billete de Banco:

—Todo suyo, amigo. Se lo ha ganado.

—Gracias, y para que vea que no regateo informes, sepa que Nariz Rota tenía tres arañazos a un lado de la mejilla. Arañazos recientes.

Saliendo al muelle, se estremeció Barton. Lloviznaba y la humedad calaba hasta los huesos. Pero el escalofrío se lo producía el recordar la mano de Gail Coplan.

La estaba viendo como si la tuviera aun entre las suyas. Con sangre en tres uñas. Tres arañazos. En la mejilla de Nariz Rota...

Milo Samson, segundo de toda confianza de Nick Kester.

Poco después llamaba a la puerta del pico de la secretaria de

Nick Kester. Abrió Madge Lowe exclamando radiante:

—¡Hola, hola, forastero!

—No hace tanto tiempo que estuve aquí, guapaza.

Cerrando la puerta, se reclinó ella contra la madera, arqueando el talle de modo a poner más de relieve su ya opulento busto:

—Depende de cómo cuentes tú las horas, Brent.

—He estado muy atareado, pero mucho.

—No lo dudo. Te veo todo sombrío, y diría yo, apagado...

—¿Hay algún tónico para mí?

—El mejor.

Y avanzó ella los labios redondeados. Dijo Barton:

—No me tientes ahora, guapaza. Lo que necesito es un reconfortante no un debilitante por delicioso que sea.

Se dirigió a la estantería y escanciándose *whisky*, lo bebió en sorbos reflexivos.

—Hay novedades, Madge. Han asesinado a Gail Coplan, y me quisieron colgar la muerte. Pude zafarme antes de que llegase la policía, sin dejar huellas. Como ves, he estado muy atareado.

Madge no demostró sorpresa ni pena. Sólo curiosidad. Y comentó:

—Tan pronto como el que mató se dé cuenta que te zafaste, te buscará. Y también la bofia. Sí, realmente estás atareado, Brent. ¿Piensas seguir jugando a ladrones y policías?

Rió Barton sin la menor alegría, para afirmar:

—Encontraré al asesino de Tom y Gail, o me transportarán en una caja de pino con una corona de lirios.

—Eso último es lo más posible. ¿A qué has venido?

—Tal vez puedas ayudarme.

Repentinamente ya no emanaba voluptuosidad la exuberante Madge, sino recelo, temor.

—¿Y cómo puedo ayudarte?

—Por ejemplo, facilitándome encontrar a un tipo corpulento, aproximadamente de mi talla, que estuvo registrando el despacho de Gail hace apenas un cuarto de hora. El tipo en cuestión tenía la nariz rota.

—La descripción le encaja a Milo Samson.

—¿Verdad que sí? Sin embargo, tú estuviste muy sincera cuando me dijiste que Nick Kester nada tenía que ver con la muerte de

Tom. Y todos sabemos que Milo Samson ni siquiera se cepilla los dientes, si no le da permiso Nick.

—¿Quieres otra opinión sincera, Brent? Vete de los muelles, cuando aún estás a tiempo.

—¿Ahora? ¿Ahora que empiezo a tener indicios sólidos? Oh, no, Madge... Se aproximó a la puerta y abriéndola completó:

—No sé si vas a quedarte sin patrón, o te bastará comprarme un par de lirios y dejarlos sobre mi ataúd. Gracias de todos modos. Adiós, Madge.

—Adiós, Brent. No quisiera leer tu esquila. Prefiero que me mandes una postal apenas llegues a cualquier otra selva del resto de América.

CAPÍTULO IX

La luz que transparentaba la ventana del departamento de Madge se apagó. La vio salir mirando un instante a lo largo de la acera. Llevaba un bolso con tirante al hombro y se dirigió rápidamente hacia el cruce.

Saliendo de las sombras del entrante de la acera opuesta, la siguió Barton. Pasó a un taxi que siguió el coche conducido por Madge, que aparcó en Times Square.

La vio Barton acercarse a un quiosco y comprar un periódico.

Caminando, se detuvo ella varias veces ante el bruído espejo de un escaparate, no para contemplarse, sino para comprobar si era seguida.

Barton sabía aprovechar las incidencias urbanas para camuflarse.

Pudo ver cómo abriendo el bolso que colgaba de su hombro, sacaba ella un amplio sobre que insertaba entre las páginas del periódico, doblado a lo ancho.

Y entonces entró en una cafetería.

Atravesó Barton la calle, y cuando llegó a un lado del bar, la vio sentada en uno de los compartimientos, al final del local. Daba ella frente a la entrada y había un hombre con ella, de espaldas a la entrada.

No era una cita amorosa. Madge hablaba apresuradamente, y en las pausas asentía como quien recibe instrucciones.

Terminó ella de beber, y dejando el periódico doblado en la esquina de la mesa, abandonó la cafetería.

Pensó Barton que disponía del tiempo justo para actuar. Dentro de un instante aquel desconocido se levantaría, llevándose el periódico y su misterioso contenido.

Entró, caminando deprisa. El hombre que había hablado con Madge, seguía en su compartimiento. Apuraba con placidez su vaso

de licor.

De soslayo le miró Barton y le pareció que el negro cabello ondulado le era familiar.

Siguió caminando, tras coger el periódico.

Hubo una exclamación de sorpresa furiosa. Barton se internó por el pasillo en cuyo dintel estaban los dos cartelitos: «Damas», «Hombres».

Se abalanzó a la puerta marcada «Damas» rogando a la Providencia que no hubiera ninguna Eva al interior. La Providencia oyó su ruego.

Escuchando, oyó pasos precipitados por el pasillo, la puerta de «Hombres» abriéndose, y una voz gritando:

—¡Ahí! ¡Por aquella ventana abierta!

Excelente, le suponían fuera del local. Esperó unos minutos y cuando volvió a atravesar la cafetería lo hizo sin apresurarse.

Nadie le prestó atención. Comentaban los grupos la extraña cleptomanía de un individuo que se dedicaba a robar periódicos.

Elegió el barrio bajo del Broadway para alojarse en otro hotel. Ya no podía volver al Harbor Nest, si quería dormir y despertar vivo.

En su habitación, cerró la puerta con el pestillo, y procedió a examinar el papel arrugado que había extraído del cesto de papeles de Gail Coplan.

Era una lista de nombres, escrito de puño y letra por Gail. Una lista de remolcadores. Y uno de ellos estaba subrayado, y el bolígrafo había vuelto a pasar varias veces sobre las letras *Doris-H*.

Era evidente que algo en el *Doris-H* había llamado mucho la atención a Gail Coplan, horas antes de morir.

Extrajo después el sobre del interior bien doblado del periódico, rasgó una esquina del sobre. Contenía tres cuartillas mecanografiadas a un solo espacio.

Ya había identificado al hombre que tenía que haber recogido aquel sobre. Lyle Wander, el intelectual considerado inofensivo y soñador.

Barton empezó a leer lentamente, tratando de hallar en aquellos párrafos alguna pista.

No la detectó.

Estaba cansado. Poco después, echado en la cama, esperó que el

sueño aquietase sus atormentados pensamientos.

Eran las diez y media de la mañana cuando Madge Lowe levantó la vista, apartándola de las facturas que estaba revisando.

Miró sorprendida al que acababa de entrar deteniéndose ante su mesa.

—Todavía no me he ido a ninguna otra selva, guapaza.

—¿Qué... que haces aquí, hombre?

—Quiero ver a Nick, ya mismo.

—Pero ¿estás chiflado, hombre? —murmuró ella—. Vete, pronto, antes que pueda él enterarse de que te has atrevido a...

Asestó Barton una palmada sobre la mesa:

—¡A cumplir, secretaria! Anuncie al señor Kester que estoy aquí, y quiero verle.

—No seas loco, Brent, te lo ruego, hombre... Él te echó, y si ahora te acercas, te va a... Bajó Barton la palanca del dictáfono y dijo:

—Hola, Nick. Por si no me recuerdas, me llamo Barton y quiero hablar contigo.

—¿Qué? ¿Cómo demonios...?

—Abre tu maldita trampa. Quiero hablarte.

Zumbó el mecanismo y la puerta fue abriéndose. Entró Barton rápidamente. La puerta se cerró automáticamente tras él.

Sentado tras su mesa despacho, Nick Kester parecía un resorte a punto de saltar. Pero en su mirada había más asombro que furia.

—¿Has desayunado riñones de tigre, Brent?

—Y revoltillo de sesos de toro loco. Necesito hablarte.

—Debe tratarse de una necesidad muy grave, casi mortal, para que vengas aquí en este plan tan macho fanfarrón. Y no hueles a alcohol.

Entornados los párpados, se levantó Kester para contornear la larga mesa. Se movía con suavidad felina, pese a la voluminosa musculatura.

Se detuvo ante Barton, mirándole con fijeza. Y conminó:

—Venga, desembucha ya.

—Me advertiste que no chapotease por tu charca.

—Era un buen consejo. Lo recuerdo perfectamente, pero tú, sordo.

—Quizá parte de la sordera me la produjo uno de tus forzudos,

provisto de un puño inglés, al que mandaste a que me zumbase en un callejón.

—Pero tú no hiciste ni pajolero caso del zumbido.

—Es que hay cosas que ni tú ni cien como tú pueden hacer sin que a mí se me encienda la sangre. Anoche diste la orden de machacar a Gail Coplan.

Respingó Kester tardando un instante en mascullar:

—Ya comprendo. Te falta un tornillo.

—Conseguí la descripción del asesino. Le encaja maravillosamente a Milo Samson. Las cejas de Kester se arquearon en mueca incrédula.

—Ya no caben dudas. Has perdido los tornillos de sujeción del poco seso que te dieron al nacer.

—¡Te digo que la descripción le encaja a Milo!

No podía ya controlarse Barton y su voz enronqueció al exigir:

—¡Quiero ver a Milo! ¡Ahora y aquí mismo!

Kester levantó lentamente la diestra, palpándose la cuadrada mandíbula en gesto meditativo.

Por fin, dando media vuelta, contorneó la mesa, y sentándose, habló por el dictáfono:

—Madge, quiero a Milo aquí al momento.

Ambos examigos se miraron en silencio. No tenían ya nada que decirse, aparentemente. Pero vibraba la tensión en la callada atmósfera.

—Milo Samson.

Pulsó Kester el amplio botón, la puerta empezó su deslizamiento y entró el corpulento Milo Samson, resoplando según costumbre, como una foca fatigada.

Se dirigió hacia la mesa sin ver a Barton que, surgiendo a un lado le agarró por un codo, obligándole a volverse.

El ataque cogió por sorpresa a Samson.

Por un momento solamente se ocupó de conservar la vertical.

Pero instintivamente alargó a la vez los puños en guardia defensiva contra posibles golpes.

Barton le miró las mejillas.

Buscaba la huella de los tres arañazos femeninos. Sentado, Kester contemplaba la escena impasible.

Retrocediendo, abatió Barton los brames en postura de cansado

abandono. Avanzando luego hacia la mesa, dijo:

—No fue Milo.

Kester se limitó a seguir interrogando con las cejas arqueadas. Agregó Barton:

—El asesino lleva en la mejilla la huella de los arañazos que le hizo Gail defendiéndose antes de morir.

CAPÍTULO X

Milo Samson gruñía incoherencias en las que salía muy malparada toda la familia habida y por haber de Brent Barton.

Kester dio una palmada sobre el botón resorte que hacía funcionar la puerta y ordenó:

—Ahueca, Milo.

Cesando de gruñir como un oso colérico, Samson abandonó el vasto despacho.

Barton sentándose se cruzó de brazos mirando al techo como si allí pudiera leer la solución del caso Coplan.

—¿No sabes que Milo no hace nada sin que yo se lo mande?

—Lo sé.

—Si él hubiese liquidado a Gail, sería porque yo se lo hubiese ordenado. Y a pesar de saberlo, vienes aquí, a mi propia charca, y me exiges que llame a Milo. ¡Estás loco, rematadamente loco, Barton!

En la entonación de Kester alentaba un matiz admirativo.

Barton se masajeó la parte inferior del rostro apretándola con la palma. Sopló aire y dijo:

—Puede que esté loco. Ya no me importa nada de lo que pueda sucederme. Ya no puedo pensar en otra cosa que machacar al que mató a Tom y a Gail. Y de una manera u otra, lo conseguiré.

Levantándose se pasó la mano por la nuca dolorida. Preguntó Kester:

—¿Dónde vas ahora?

—A ver a Curt Lacey.

—¿Así, por las malas y a ciegas?

—Entré aquí a ciegas, y sin embargo, obtuve una verdad, ¿no?

—Siéntate, imbécil. ¡Siéntate, ostras! Deja que se escape de tu seso el exceso de vapor a presión que estás acumulando. Sigue yendo a ciegas, desafiando, y solamente conseguirás ser repescado

por la dragadora. Te hacía más inteligente, Brent.

Sentándose, pensó Barton que volvía a estar de nuevo bajo el extraño embrujo dominante de Kester.

Como cualquier otro de los descargadores que tenían fe ciega en sus condiciones de mando.

—Vamos, cuéntame lo que sacaste en limpio sobre Tom Coplan.

Explicó Barton todas las incidencias, menos el episodio referente a Madge Lowe. Kester escuchaba impasible, y al terminar Barton su relato, declaró Kester:

—El día en que fue liquidado, Tom Coplan me telefoneó. Hacia la una. Para decirme que había pescado un paquete en el río. Dijo que contenía un polvo blanco, de sabor amargo, que suponía era heroína, por valor de un fortunón. Añadió que había visto el paquete siendo arrojado por el portillo de un barco que pasaba y que quería saber lo que hacía con el dichoso paquete.

—¿Qué le aconsejaste?

—Que esparciese el polvo por el río como cenizas de muerto, para evitarse que fueran sus carnes las reducidas a cenizas. Que se olvidase de todo. Me contestó que así lo haría.

—Alguien debió verle pescar el paquete. Posiblemente, el fulano que debía recogerlo.

Y quien sea, fue a la cabina de Tom y al no encontrar el paquete, lo liquidó.

—Más o menos así debió ocurrir.

—Tú lo sabías... ¿Por qué no lo revelaste a la policía, Nick?

—¿Yo? ¿A la policía? —protestó Kester, escandalizado—. Ellos intentar meterme entre rejas cada día de la semana, y dos veces el lunes. Apenas yo admitiese que sabía algo referente a un paquete de heroína, acudirían al galope para intentar colocarme las manillas. Y además, Tom Coplan no era miembro de mi Unión.

Era la dura legislación portuaria. Si un miembro de la Unión dirigida por Kester, hubiese sido asesinado, Kester habría movilizado a sus «patrulleros» hasta dar con el asesino.

—¿Cuál era el barco desde el que tiraron el paquete?

—El *Colomba*. Su capitán está fuera de toda sospecha. Debió ser alguien de su tripulación.

—Parece pues que existía una especie de cita en el puerto. Algún barco pequeño esperaba el paso del *Colomba* para recoger el

paquete, pero casualmente se anticipó Tom.

—Piensa entonces en un barco que no tuviera que pasar por Aduanas.

—Un remolcador. Creo que Gail acertó cuál era el remolcador. Hizo una lista y subrayó el *Doris-H*. ¿Puedes echarme una mano, Nick?

—Cosas peores he hecho por niños, locos borrachos y ancianas inválidas. Te incluyo en la segunda categoría.

Marcó Kester unos numeros en el teléfono y mantuvo una breve conversación.

Colgando el aparato manifestó:

—Uno que me debe favores. Está en el registro de remolcadores. El *Doris-H* acabó aquel día su faena a las diez, y le dieron orden de anclar pero el capitán dijo que tenía que recoger unas provisiones en el muelle de Jersey. Pidió un par de horas libres y ancló en su muelle hacia las dos.

—Por consiguiente estuvo en la bahía y pudo ser el que esperaba recoger el paquete.

¿Quién es su capitán?

—Syd Hopkins.

—¿Sabes algo de él?

—No, pero está muy cotizada la porquería esa que no sé por qué llaman heroína. Oí decir que la pagan a cien mil la libra.

—Voy a buscar al capitán Hopkins.

—No tienes mucho que buscar, Brent. El *Doris-H* está en el muelle Uno. Esperando órdenes. Mi amigo dice que por ahora no hay órdenes. Al menos, durante un par de horas. ¿Te basta?

—Gracias, Nick. He de admitir que dentro de la charca, tú eres de lo menos ruin.

—Algo es algo. ¿Necesitas compañía para visitar a Hopkins?

—No soy miembro de tu Unión.

—No importa. Contigo hago una excepción, porque los chalados como tú no abundan.

—Gracias, Nick. Si necesito ayuda, te llamaré.

Titubeando se rascó Barton la sien. Por fin, dijo:

—Han filtrado en tu Unión a gente peligrosa en el terreno político.

—Mientras trabajen decentemente, allá ellos con sus discusiones

particulares. De cuestiones políticas y demás chanchullos por el estilo, ni entiendo ni quiero.

—Pero están tramando un complot contra ti, Nick.

—¿Puedes aclarar?

—Piarán sabotaje para negociar con Lacey, si Lacey les concede un local y les deja reclutar a sus adheridos. Te pueden hundir.

Colocó Barton las tres cuartillas mecanografiadas sobre la mesa.

—Aquí lo tienes todo escrito. Instrucciones para los infiltrados en tu Unión. Se lo birlé anoche a Lyle Wander.

Abandonó Barton el despacho. Kester leía ávidamente. Se detuvo Barton ante la mesa de Madge:

—Te seguí anoche, guapaza. Birlé el informe que entregaste a Wander. Acabo de dárselo a Nick. No le lié dicho que tú eras el correo. Pero puede deducirlo y empezará a bramar que ha alimentado una víbora en su amplio pecho. Pero después de bramar, embestirá.

Los ojos femeninos rebosaron repentino odio. Remachó Barton:

—Cada media hora sale un avión para cualquier selva. Yo en tu lugar cogería un avión blindado rumbo a la Patagonia. Tú naciste en los muelles y sabías que traicionar al que te alimenta, es imperdonable. Lárgate que aún estás a tiempo. Adiós, Madge.

Salió a la calle pensando que si los ojos de Madge Lowe hubiesen sido cuchillos estaría descuartizado. Pero pronto la olvidó. Tenía por fin una pista firme. El remolcador *Doris-H*.

CAPÍTULO XI

En el muelle Uno, el remolcador *Doris-H*, retenido por las recias amarras, mostraba su sólida estructura, pesada, sin gracia.

Cruzó Barton la pasarela dirigiéndose al puente de mando. Un umbral daba acceso al cuarto de bitácora comunicando con el camarote del patrón.

Al entrar Barton, asomó el patrón Syd Hopkins.

Joven, unos treinta años, corto de estatura, pero largo de brazos, de rostro delgado, muy juntos los ojos.

—Voy recto al abordaje, capitán. Tomó parte usted en un trabajo el veinte de febrero último y le pagaron bien, ¿verdad?

Syd Hopkins se acarició la barbilla, rezongando:

—¿A qué viene eso?

—A que cobró lo suficiente, ¿no?

—¡Ni un centavo, condenación! Me prometieron el dinero antes de dos semanas y ha pasado más de un mes hasta que por fin venga usted a liquidar lo que me toca.

—Todavía no.

—¿Cómo que no? Pero si el propio Lacey dijo que...

Se interrumpió Hopkins mordiéndose el labio y mirando con recelo al visitante, que completó:

—Lacey aseguró que era un trabajo sin el menor riesgo y que en dos semanas cobraría usted la parte correspondiente. Pero Lacey está que trina.

—¿Por qué? Yo hice lo que me correspondía. No es culpa mía si una barcaza se anticipó y el viejo Tom pescó el paquete. ¿Quién puede reprocharme nada a mí?

—Piensan que hubo uno que jugó a dos paños.

—¡Yo, no! Ocurrió tal como digo. Yo vi el paquete salir proyectado de la sala de máquinas del *Colomba*. Maniobré hacia el punto en que flotaba el paquete, pero el otro remolcador con su

barcaza se interpuso, y no pude hacer nada para impedirlo. Además, Fox estaba a bordo y yo hice las cosas tal como él me dijo. ¿O es que Fox no lo explicó en forma bastante clara?

—Fox Hilton estaba a bordo para hacerse cargo de la operación. Y cuando Tom pescó el alijo, Fox aseguró que se ocuparía de Tom y rescataría el paquete. ¿Fue así, verdad?

No contestó Hopkins.

—No hago más que reconstruir los hechos para informar debidamente y acertar de dónde partió el error. Ya sabía que Fox estaba con usted —siguió mintiendo Barton—, pero necesitaba que usted me lo confirmase.

—Ya... ¿Y quién diablos es usted?

—Uno al que en cierta ocasión también traicionaron como a usted.

—Ya... ¿Y trabaja para Lacey me dijo, verdad? ¿Es que Lacey ya no confía en Fox Hilton?

¿Es esto lo que trata de hacerme comprender?

—Cuando de por medio hay montones de dinero, la desconfianza es lógica. Sólo estoy intentando poner en claro por qué no consiguió usted su dinero.

Solemnemente afirmó Hopkins:

—Algo me huele a podrido. ¡Quédese quieto donde está, compadre!

Con la frase imperiosa crujieron los muelles del cuchillo y la hoja acerada pareció prolongarse desmesuradamente en la diestra de Hopkins, que llamó:

—¡Gunter!

En el umbral se detuvo un individuo voluminoso, de rostro indiferente y anatomía de luchador.

—Vigíame al tipo ese mientras llamo a alguien, Gunter.

Barton permaneció quieto. Entre el cuchillo enfrente y Gunter a sus espaldas, estaba peligrosamente emparedado.

Manipuló Hopkins en la radio-teléfono, dio su identidad, y pidió el número telefónico para comunicar con Curt Lacey.

—¿Estás mal del coco o qué? —fingió encolerizarse Barton—. Si discutes este asunto a través de la línea portuaria se enterará la policía y a Lacey no le va a gustar nada de nada.

Hopkins se limitó a hacer oscilar el cuchillo significativamente.

La rejilla del altavoz reprodujo la voz guturalizada de Curt Lacey.

—¿Qué sucede, Hopkins?

—Aquí hay un tipo a bordo preguntándome cosas... acerca del negocio pendiente, ¿comprende, señor Lacey?

—Comprendo. ¿Qué más?

—Dice que usted le envió. Pero prefiero saber si es cierto.

—¿Cómo se llama?

—Un minuto, señor Lacey.

La punta del cuchillo tocó la cazadora de Barton.

—Sácale los documentos que lleve, Gunter.

Gunter cacheó rápidamente, y tendió el carnet a Hopkins que retrocediendo leyó:

—Se llama Barton, Brent Barton, señor Lacey.

—Precisamente quería yo hablar con él. Convénzale para que permanezca a bordo y voy enseguida. ¿Dónde está ahora, Hopkins?

—Muelle Uno, Sur.

—Prefiero el embarcadero Sexto, ¿comprende, Hopkins?

—Sí, señor. Pero en mi oficina...

—Me cuido de pedir el permiso. ¿Qué tiempo tardará en llegar al Sexto, Sur?

—Unos cincuenta minutos, señor.

—Bien, y sobre todo que Barton me espere, ¿comprende? Estaré en el Sexto Sur antes de los cincuenta minutos.

Al cesar la comunicación ordenó Hopkins:

—Dale fuerte si intenta moverse, Gunter. Vigílale con toda tu mala intención.

Mientras el remolcador maniobraba, meditó Barton que la escapatoria resultaba casi imposible, porque Gunter a suficiente distancia empuñaba un calabrote.

Y Hopkins, con su cuchillo sobre el pupitre de mandos, distaba también lo justo para no poderle atacar por sorpresa.

Era evidente que Lacey no quería actuar en el Muelle Uno, demasiado concurrido. Resultaba también evidente que Fox Hilton era el asesino de Tom Coplan, por orden de Lacey. Y ahora le llevaban al Sexto para silenciarlo.

Mientras el remolcador daba pitidos como un coche entre denso tránsito, surcando las turbias aguas del puerto, pensó Barton por qué no le ataban.

Lo comprendió pronto. Hopkins era vanidoso y necesitaba demostrar que era listo.

Había enviado a Gunter a las máquinas.

Y dijo Hopkins, con aires de superioridad:

—¿Te creías que podías engañarme a mí, eh, bribón?

—El que se engaña miserablemente eres tú, granuja.

—¿Matón, eh? ¿Es que no oíste hablar de mí o qué?

—Te comes la carne cruda y eres el terror de los muelles, ¿no?

—Cuando lleguemos al Sexto me darán una recompensa. ¿Sabes cuál? Le pediré a Lacey que me deje atizarte a mi modo y manera. Quiero entretenerme contigo antes que los otros muchachos. Cuando aún te enteres...

—El capitán Bravura...

Barton se hallaba junto a la banqueta empotrada, mullida por un cojín de corcho, que al menos podría servirle para amortiguar los primeros cuchillazos.

Con rapidez lo cogió arrojándolo contra Hopkins que en reacción instintiva plantó el cuchillo en el cojín.

Mientras forcejeaba para sacarlo, Barton le asestó un gancho en el estómago y a la vez un directo en la garganta.

Hopkins, angustiosamente, intentó respirar, velados los ojos.

Cogió Barton del tabique un recambio de soporte metálico, empleándolo como matraca contra la cabeza de Hopkins.

Cuando quedó seguro de que Hopkins ya no molestaría, Barton miró en torno buscando algo que como arma completase el soporte.

Y vio sobre la banqueta una automática.

Debía estar escondida bajo el cojín, a disposición del capitán cuando éste, sentándose, tuviera que sostener alguna conversación difícil.

Se guardó Barton la pistola. A bordo seguían aún unos seis hombres. Seis hombres que actuaban maquinalmente obedeciendo las señales dadas por la campana de órdenes.

Cerca de la ribera había una barcaza desierta, anclada.

Barton tiró por dos veces de la cadenilla a un lado del acústico. Las máquinas pararon.

Barton movió la manilla de rumbo.

Dio otro campanillazo más lento. Y el hombre a babor cogió el cable dispuesto a lanzarlo a la seta de amarre, apenas el remolcador

se aproximase más a la ribera.

Entre babor y el muelle había apenas tres metros.

Barton dio los campanillazos correspondientes a «toda máquina, Oeste». Y corriendo, atravesó el puente y saltó al muelle, mientras el remolcador embestía la barcaza, obedeciendo al impulso de sus máquinas, manejadas por el maquinista sin visibilidad, que atendía sólo las órdenes transmitidas por la campana.

Alejándose corriendo, volvió Barton una vez la cabeza.

El remolcador, tras embestir la barcaza, había chocado contra el muelle. Brotaba humo de sus calas y emitía los sirenazos en petición de auxilio.

CAPÍTULO XII

Desde una cabina telefónica, Barton expuso a Kester lo sucedido.

—Un chico listo jugando a destrozbar barquitos, ¿eh? Y ahora vas a tener a todos los macacos de Lacey tras tus tacones. Será mejor que te pongas a cubierto por unos días.

—No puedo. Tengo prisa por meterle mano a Fox Hilton.

—Fox es un matarife a sueldo, Brent. No mató a Tom y a Gail por iniciativa personal, sino porque alguien se lo mandó. No vengarás a los Coplan liquidando a Fox, sino buscando el cerebro que está tras de Fox.

—¿Lacey?

—Alguien más importante que Lacey. Encuentra quien le da órdenes a Lacey. Sólo entonces tendrás al verdadero asesino. ¿Persistes en seguir siendo un solitario, un individualista?

—Sí, porque es asunto personal mío.

—Todo lo que de cerca o de lejos se refiera a Lacey, es también asunto mío. ¿Dónde te esperaba él?

—En el Muelle Sexto, Sur. Volveré a llamarte, Nick.

Colgó Barton sin esperar respuesta, y marcó el número de Arline.

—Voy sobreviviendo, Arline. Por si te interesa aún saberlo.

—Gracias, Brent. Empiezo a comprender tu punto de vista. Es muy personal, pero humano. Lo que me preocupa es que tú solo...

—Ya no estoy solo. Nick Kester me ha ayudado. Te llamo porque necesito información sobre Herman Randal, el dueño del *Coloraba* y otros barcos. Necesito todo su historial. Creo que en varias ocasiones tuvo dificultades con la Inspección Naviera. Si es preciso soborna a alguien de sus oficinas. Creo que vale la pena gastar dinero con tal de obtener la íntima historia de Herman Randal.

—Muy bien, cariño. Tengo algún dinero en mi cuenta corriente.

—¿Tu cuenta corriente? No, no... Éste es un gasto legítimo,

anexo a los reportajes.

Pagará Ray Stone.

—Lo siento, cariño, pero ya no trabajas para Stone.

—¿Cómo es eso?

—Le dije a Stone que tú continuabas enfocando los reportajes a través de Tom Coplan y se puso furioso. Ha contratado a otro periodista para el reportaje sobre los muelles. Hizo poner un cheque a tu nombre, por un mes, y una nota para que firmes haberlo recibido, considerándote despedido.

—Bueno. De todos, modos, ¿puedes conseguirme la información qué te he pedido?

—Naturalmente que sí, puesto que la necesitas, cariño.

—Hoy mismo. Mándala al hotel Barrymor. Gracias, Arline. Si puedo contar contigo, tal vez sabré triunfar en otro trabajo.

—Cuentas por completo conmigo, cariño. De veras.

Saliendo de la cabina se dirigió Barton a la cantina-biblioteca para marinos retirados y convalecientes. Rebuscó en varios volúmenes hasta dar con lo que deseaba.

Había una foto de Herman Randal, naviero. Un cuerpo como un tonel, y rasgos faciales zorrunos. La foto estaba tomada con ocasión del cambio de servicio del *Colomba*.

Según el artículo, Herman Randal había empezado siendo un fogonero. Y al ser propietario de tres barcos, persistía en ser un hombre libre, que no admitía que sus empleados pertenecieran a ninguna Unión.

Pensó Barton que esto sólo era posible si Randal pagaba una crecida cantidad a Curt Lacey. Iban encadenándose los hechos. Lacey estaba al servicio de Herman Randal.

Dirigióse al Barrymor tratando de ver el modo de dar con el paradero de Fox Hilton. Paseó con impaciencia por el vestíbulo, devanándose inútilmente los sesos.

El conserje le hizo una seña. Se precipitó al teléfono. Informaba Arline:

—Por el momento, hay constancia de que Herman Randal ha tenido altibajos muy accidentados. Ha perdido y ganado fortunas. Fue consignatario. Sobreseído por intento de soborno a un inspector marítimo. Tuvo apoyo financiero, no se sabe de quién, y pudo fletar su primer barco, el *Colomba*. Por ahora, no tengo más noticias,

salvo que por la botadura de su nuevo barco, Randal dará esta tarde una recepción a bordo del *Seastar*.

Acuden a ella sus amistades, mucho personaje de esos que llamas capitostes y sus empleados.

—Este último, dató es importante. Gracias, Arline.

Colgó. Ya sabía dónde encontrar a Fox Hilton, el asesino a sueldo.

El *Seastar* rutilaba de puro nuevo, sin estrenar. Un oficial le pidió a Barton su invitación. Mostró éste su carnet de Prensa. El oficial, saludándole, le entregó folletos de propaganda del barco.

Barton fue a mezclarse entre la concurrencia: Prensa, invitados, altos ejecutivos navieros y sus empleados de confianza.

Llegaba Barton al tercer puente cuando un «Cadillac» se detuvo al pie de las pasarelas.

Bajó Curt Lacey, escoltado por un individuo fornido.

Fox Hilton.

Barton crispó los puños. Pero aconsejándose calma. No podía «charlar» con Fox Hilton ante cientos de invitados.

Por los salones los camareros iban distribuyendo finezas gastronómicas y licores de primera. Dedujo Barton que un invitado como Lacey estaría en la cámara principal.

En efecto, debía estar allí, porque disciplinadamente, como un perro bien amaestrado, Fox Hilton esperaba en cubierta.

Barton deseaba ahora fervientemente que Fox Hilton le viera. Encendió un fósforo a tres pasos de Hilton, arrojándolo entre ellos dos.

Hilton respingó, reconociéndole. Y empezó a caminar mientras Barton, bajando las escaleras, aceleraba el paso, penetrando en el corredor de segunda clase.

Bajó la escalera conducente a cocinas y oyó los pasos de Hilton bajando por la otra escalera. Estaba visto que Hilton ansiaba atraparle en un lugar sin invitados.

La misma intención tenía Barton.

Pasó bajo el dintel marcado: «Solamente tripulación». Que estaba ausente, en tierra. El barco contenía oficialidad, camareros, Prensa, invitados.

Corrió por un estrecho pasillo y repicaron en eco los zapatos de

Hilton. Barton apretó en el bolsillo la culata de la pistola expropiada de Syd Hopkins.

Llegó a la cámara frigorífica abriendo y cerrando compuertas. Vacías, porque aún no se había aprovisionado el *Seastar*. Corrió a la esquina opuesta a la entrada, acurrucándose tras una estantería metálica.

Sacando del bolsillo la automática, quitó el seguro y aguardó.

La puerta fue abriéndose y Hilton se deslizó al interior, escrutando, tensas las facciones, cerrando con el tacón la puerta, pestañeando a la escasa luz oscilante del grupo generador.

—¡Tira la pistola, Hilton! —conminó Barton. Revolviéndose, Hilton disparó repetidamente.

Los estampidos fueron sofocados por el ancho compartimiento a prueba no sólo de temperaturas, sino también de ruidos.

Los balazos crepitaron en el corcho y madera, encima de la cabeza de Barton. Cinco disparos.

Significaba que quedaba otra bala.

Encorvado, Hilton avanzó protegiéndose tras estantes metálicos. Barton tomó puntería, encañonando la pierna derecha de Hilton.

Apretó el gatillo oyendo solamente un chasquido. La pistola estaba vacía. Se maldijo tardíamente. Lo iba a localizar Hilton.

Vio unos clavos en el suelo. Cogiéndolos, los tiró a lo lejos. Al ruido se volvió Hilton, disparando.

Se puso en pie Barton, abandonando su escondite, y encañonando a Hilton, conminó:

—Tira tu pistola, Fox. Está vacía.

Hilton lo comprobó pulsando en vano el gatillo. Arrojó rabiosamente al suelo su arma inútil. Y ensanchó el torso en lo que creyó Barton era una fanfarronada.

De pronto, la pistola voló de la diestra de Barton. Su enemigo había asestado un patadón acrobático, tirándose al suelo con las manos hacia delante, y alzando la pierna por detrás.

Se abalanzó Barton cuando ya Hilton volvía a estar en pie. Consiguió conectar un zurdazo en plena barbilla, pero se encogió al recibir un gancho en el estómago.

Durante unos instantes, Barton se convirtió en un furioso torbellino golpeando incansablemente pensando solo en Tom y Gail Coplan.

Veía los tres arañazos en la mejilla de Hilton.

Y vio el rostro parpadeando, boqueando, mientras seguía asiendo por el cuello a Hilton, dándole a la vez rodillazos.

Lo soltó un poco y Hilton respiró ansiosamente. Resolló Barton:

—Voy a machacarte. Como machacaste a Gail y mataste a Tom Coplan.

Apretó de nuevo hasta ver asomar la lengua de Hilton, hinchada, levemente azul.

Aflojó la presión, y zarandeando rabioso, resopló:

—Respira un poco, Fox, respira un poco más. No te vayas a morir sin decirme quién te pagó por los dos asesinatos.

Los labios hinchados se movieron y la lengua habló estropajosa:

—El viejo... fue accidente... Yo no quería... matarle...

—¡La chica! No fue accidente. ¿Quién te pagó? Habla, y por mí, podrás seguir respirando, y escapar. ¡Habla! ¿Quién te pagó?

Apretando el cuello, hincó Barton la rodilla en el pecho de Hilton. Aminoró un poco la opresión y oyó la silbante voz:

—Herman... Randal...

Empujó Barton arrojando a Hilton de nuca contra una estantería. Tuvo que apoyarse en otra para recobrar la respiración normal.

Y de pronto la puerta se abrió. Oficiales y camareros.

Que se apartaban para ceder el paso a individuos elegantísimos, gracias a sus sastres.

Las pupilas de Barton tardaban en concentrarse. Y por fin, la imagen de uno de los presentes destacó como bajo un fogonazo de magnesio.

Herman Randal.

Barton tendió un índice acusador:

—¡Maldito cerdo asesino!

El rostro de delgados labios se congestionó, pero la voz era tajante:

—¡Capitán, detenga a este individuo! Es un lunático. Notifique la detención a la policía. Entre los demás que iban relleno el vasto compartimiento, hubo uno que también se destacó, exclamando:

—¡Pero si es Brent Barton!

Por fin reconoció el guapo rostro, como tallado en granito. Añadía Raymond Stone:

—Es uno de mis reporteros. ¿Puedo solicitar atención médica para él ahora mismo?

—Es un maniático —gruñó Randal.

—Tomo la entera responsabilidad de lo que haya hecho —afirmó Stone—. ¿Me permite llevarle a su cabina, capitán? Le ruego mande un médico.

El capitán asintió. Poco después, Barton, reconfortado por el *whisky*, con dos grapas en un pómulo, y otros apósitos en la frente y garganta miró con gratitud a Stone.

—Ya estoy del todo en forma, patrón.

—Cuénteme lo que pasó, muchacho.

Relató Barton detalladamente todos sus descubrimientos.

—¿Es posible? —murmuró Stone, al término.

—También a mí me costaba creer que la investigación me llevaría a este final, porque hoy Herman Randal es todo un personaje. Naturalmente, pruebas legales no las tengo, ya que dispongo solamente de la confesión verbal de Fox Hilton, que luego puede desdecirse.

—Pero mientras nosotros tengamos la convicción en nuestras conciencias ya basta, Barton. Conseguiremos las pruebas.

—Entonces, ¿me acepta los reportajes?

—Naturalmente, muchacho. Ha sido un éxito y escríbalo todo cuanto antes. Pero tiene que ir a un sitio seguro, donde ni la policía ni los hampones puedan encontrarle. Creo que el refugio más apropiado es mi casa. Allí puede descansar y escribir los reportajes completos.

—Pero ¿me dejará salir Randal de su barco?

—He aceptado tomar todas las responsabilidades y puedo convencer a Randal porque la Prensa es muy poderosa.

Cinco minutos después reapareció Stone, haciendo una señal para que le siguiera Barton.

Dos marineros esperaban en cubierta.

—Escolten a este señor hasta mi coche —ordenó Stone— y díganle a mi chófer que lo lleve inmediatamente a mi casa.

Saludaron los marineros y añadió Stone, mirando a Barton:

—Yo debo acabar de calmar a Randal. Dentro de una media hora le veré en mi casa, Brent.

Poco después el lujoso «Cadillac» abandonaba los muelles. Y

arrellanado en el mullido asiento, Barton respiró a fondo, complacido.

Había logrado salir a salvo.

CAPÍTULO XIII

Mientras el «Cadillac» avanzaba experimentó una leve sensación de alarma. Algo en su subconsciente le advertía de un peligro incomprensible.

Se sentó, erguido. La mirada del chófer estaba fija en él, por el retrovisor. La apartó al mirarle Barton. ¿Simple curiosidad?

No, no era curiosidad. Aquel chófer había actuado como si el repentino envaramiento de su pasajero le alertase.

Barton se desplazó en el amplio asiento, esquinándose a la izquierda. El chófer movió el retrovisor de modo que podía seguir espiándole.

Su guerrera mostraba una deformación que antes no había llamado la atención de Barton. En el hombro izquierdo.

Y estaban abiertos los botones altos. Casi inconcebible en el chófer del lujoso «Cadillac» del distinguido Stone.

Bostezó Barton con supuesta indiferencia, y pasó al asiento derecho, como si quisiera ver de más cerca la transitada acera.

El retrovisor cambió de nuevo su ángulo.

Ya no le cabía duda que aquel chófer robusto y con una automática al hombro, le dedicaba mayor atención que al tránsito.

Y se le ocurrió a Barton la explicación lógica. Raymond Stone había conseguido que Herman Randal permitiera salir a su reportero del barco.

Pero los marineros habían engañado a Stone. No habían conducido al reportero al coche de Stone, sino al de Randal.

Aquel chófer de cuello macizo, anchas espaldas y rostro estólido, no era un mecánico para señor distinguido, sino un «mano de obra» al servicio de Randal y Lacey.

Una luz roja en un cruce hizo frenar al «Cadillac».

Barton saltó del coche y, corriendo a toda velocidad, pasó por entre coches, confundándose prontamente con la apretada masa de

transeúntes que poblaba las aceras.

Pero volviendo el rostro vio que el chófer había abandonado el coche y corría empujando a la gente sin miramientos. Distaba unos veinte metros y pronto le daría alcance.

Barton no se hallaba en condiciones de renovar ninguna pelea.

Se abalanzó a la entrada del Metro, bajando a saltos las escaleras, sacando el billete en el automático, y oyendo las pisadas del chófer bajando también a saltos las escaleras.

Llegó Barton al andén, cuando una masa de gente se apretujaba para entrar en el vagón. No había medio de abrirse paso cortésmente, y el chófer distaba ya tan sólo cinco metros.

Adelantaba ya una mano. Que se le antojó a Barton de un tamaño descomunal.

Dio codazos, oyó protestas airadas, y por fin arropado por los mismos pasajeros penetró dentro del vagón que cerró su puerta.

La mano del chófer quedó aún extendida, pero desde el andén. Resoplando, se limpió Barton el sudor.

Bajó a la primera parada, saliendo con la cautela de un sioux perseguido.

Si subía a la calle podía encontrarse con el chófer esperando. Cruzó al andén frontero y pasó a otro vagón que iba en sentido inverso.

Fatigado salió a la calle, ya anocheciendo. Llamó a un taxi dándole la dirección particular de Raymond Stone.

El *whisky* era indudablemente una medicina mágica. Calmaba los nervios, agudizaba el intelecto y daba una inmediata sensación de bienestar.

Hundido en el confortable sillón escuchaba Barton, complacido, a Raymond Stone, que comentaba:

—Es formidable lo que ha podido realizar usted solo, muchacho. Me alegra poderle incluir en mi equipo de colaboradores en firme.

Sonrió Barton:

—¿Ya no estoy despedido, entonces?

—Confieso que me enojé cuando Arline me dijo que usted no hacía caso de mis indicaciones, pero naturalmente yo no podía saber que estaba usted a punto de descubrir algo de tanta importancia. Recibirá un cheque complementario para compensarle

de lo que podemos calificar de falta de fe en usted, Brent. Y tengo en preparación otro buen trabajo para usted. Ahora descanse un par de días.

—¡Un par de días! Necesito por lo menos una semana para escribir el reportaje completo sobre los Coplan, Randal y Lacey. Además me gustaría esperar a verlo publicado.

—Me temo que este reportaje tendrá que permanecer quieto algún tiempo, Barton.

—¿Cómo...?

—Comprendo su decepción, pero he estado consultando a mi abogado y dice que no poseemos una prueba legal contra Randal. No disponemos de nada sólido como evidencia que pueda ser sustentada ante un juez.

—Lo sé, pero allá en el barco, usted mismo me dijo que obtendríamos las pruebas.

—Y así lo haremos, pero pasará algún tiempo, quizá meses.

—¿Meses? Deme sólo una semana y consigo las pruebas...

—No las pruebas que yo quiero.

—¿Qué clase de pruebas quiere?

—De la clase que me protejan contra una acusación y demanda por libelo. Lo mejor será entregar su información a la policía.

—Randal y Lacey saben dónde tienen que sobornar.

—Brent, muchacho —y sonrió Stone melancólico—, no podemos ser a la vez policía, juez y jurado contra Herman Randal. Me consta que este reportaje es para usted algo sentimentalmente muy importante, pero yo debo velar por la reputación de mis publicaciones. Tengo que proteger mi organización.

—Bien, en tal caso si no acepta publicar mi historia, la enviaré a la Prensa.

—¿Y su lealtad hacía mi organización, Barton?

—Mi primera lealtad la juré a Tom y Gail Coplan.

—Tiene usted un gran porvenir conmigo, Barton. Sería un grave error que le cerraría todas las puertas, abandonarme. La compensación que he meditado hace poco, será de cinco mil dólares.

—¿Compensación o soborno, Stone?

—No se ponga portuario, hombre. ¡Piense con sentido común! Le ofrezco dinero y éxito. ¿No es lo que apetece todo hombre

inteligente?

—No me satisface esta clase de triunfo, Stone.

—¿Qué es, entonces, lo que quiere? ¿Acaso lo sabe usted mismo?

—Quiero ser honrado conmigo mismo. No hay nada en el mundo en estos momentos que sea para mí más importante que desenmascarar a Herman Randal y Curt Lacey, para que los encarcelen y expulsen de los muelles.

Stone miró su vaso. Estaba vacío. Llamó:

—Richard... Traiga scotch y soda.

El mayordomo abandonó el umbral, regresando al poco con una bandeja. Había un largo espejo en una pared, decorándola. Y en su azogue contempló pensativo Barton al atlético Richard.

Por un momento se cruzaron las miradas del mayordomo y del reportero. Pensó Barton que aquella mirada ya le había estado acechando. ¿Dónde?

Y de pronto, recordó. Aquélla era la misma mirada que le acechaba por el retrovisor del «Cadillac».

Bebió con ansia. Y cuando habló lo hizo con voz exageradamente calmada:

—Cuando fui a los muelles para estudiar la sinopsis de mis reportajes sabía que para poderlos escribir necesitaría guardar el secreto sobre mis investigaciones. Pero no podía, porque siempre había alguien acechándome. Alguien que siempre sabía lo que iba a hacer yo. No podía comprender cómo era posible que se me anticipasen siempre. Porque nadie sabía mis planes, nadie, excepto usted, Stone.

Stone le contemplaba inexpresivamente. Prosiguió Barton:

—Cuando vine aquí para rogarle que me permitiera continuar con la historia de Tom Coplan le dije que Gail había conseguido un dato muy importante. Nadie más lo sabía. Sólo Gail, yo... y usted. ¡Usted dio la orden de matar a Gail Coplan!

Con fría precisión especificó Stone:

—No fui yo quien dio la orden, sino Herman Randal que sintió pánico al saber que Gail Coplan tenía una pista conducente al *Doris-H*. Él ordenó que la matasen.

—¡Pero usted le orientó!

—Intenté disuadir a Randal, porque detesto la violencia.

—¿Qué complicidad existe entre usted y Randal?

—No tengo inconveniente en aclarárselo, puesto que ha adivinado la mayor parte del secreto. Herman Randal es mi cliente principal. Acudió a consultarme sobre un problema y yo prometí resolverlo.

—¿Cuál problema?

—Randal deseaba eliminar a Nick Kester, porque si los muelles Sur elegían presidente de la Unión a Kester, éste haría revisar las tarifas y Randal se vería obligado a pagar cientos de miles en aumentos de salarios atrasados.

—Comprendo. Randal necesitaba que usted movilizase a la opinión contra Kester para que fuese elegido Lacey. Y el triunfo de Lacey como jefe única en los muelles Sur, iba a suponer para usted cientos de miles.

—Millones, en efecto. Y necesito mucho dinero, Barton. Esta casa, mi finca de campo, mi yate... Perdí últimamente un par de buenos padrinos cuyos anuncios me representaban mucho dinero.

—Para recuperar este dinero, usted y Randal planearon el tráfico de drogas.

—No, no... La droga es exclusivamente negocio de Randal, y a mí no me importa cómo consigue Randal el dinero para pagarme. Cometí un error al enviarle a los muelles para este reportaje, Barton. No tenía la menor sospecha de que usted iba resultarme tan difícil de manejar. Lo intenté todo para hacerle dúctil. Le indiqué a Lacey que le sobornase, y fracasamos. Le indiqué a Lacey que aceptase una alianza provisional con Lyle Wander, para acusar de ello a Kester. Pero ni siquiera la joven y hermosa Madge, la secretaria de Kester, que traicionó a éste bien pagada por Lacey, pudo burlarle a usted. Y es porque usted no reacciona sensatamente, sino como un loco idealista.

—Tan loco que estuve ciego, hasta que vi a su mayordomo. Le identifiqué como el chófer del que creía haber escapado. Y he venido a meterme directamente en, el cubil del lobo.

—Exacto. De cabeza en la guarida.

Durante toda la conversación, Barton meditaba a la vez en la fuga. Tenía que moverse rápido y atacar por sorpresa.

Se movió un poco en el sillón, para dejar aplomado el peso del cuerpo sobre los tacones.

Bastaría distender las rodillas, saltar derribando a Stone, y como en un partido de *rugby*, mortal y definitivo, correr en zigzag para hurtarse al placaje del chófer-mayordomo Richard.

Presionó los tacones, pero sus rodillas se habían convertido en blando algodón.

Sus músculos no le respondían. No podía controlarlos y fallaban sus intentos de abandonar el sillón.

Hasta le costaba conservar los ojos abiertos. Miró a Stone y después su vaso vacío.

—Me han narcotizado —murmuró Barton.

No se dirigía a nadie en particular. Pensaba en voz alta. Una gran laxitud le invadía.

Repitió:

—Me han narcotizado.

—Sí. Lo siento, pero era necesario. Detesto la violencia —dijo Stone afablemente— y ya que ha de morir, que sea en otro sitio, sin que yo lo presencie.

CAPÍTULO XIV

Cerró Barton los ojos para comprobar si con sólo unos instantes de reposo podía recuperar en parte sus fuerzas.

Oía rumores confusos en el vestíbulo, una colérica voz femenina, y taconeó.

Abriendo los ojos vio a Arline Hart en pie ante Ray Stone. Éste no demostraba furor, sino curiosidad, y murmuró Barton:

—Todo perdido... Todo para nada... Ella exclamó, colérica:

—¿Qué te pasa, Brent?

No pudo contestar. Estaba consciente de que su rostro sólo debía manifestar estupor, alelamiento.

Ella se arrodilló junto al sillón, preguntando:

—¿Qué le pasa a Brent?

—Está enfermo —manifestó Stone, gravemente—. Exhausto. He decidido que Richard lo lleva a mi casa de campo.

—¡No! —exclamó ella.

Encendiendo un cigarrillo, preguntó Stone blandamente:

—¿Por qué no?

—Yo me cuido de Brent. Lo llevaré a mi piso.

—Usted, Arline, no puede darle a Barton el cuidado necesario.

—¡Oh, Stone, deje ya de hablar así! ¡Cállese ya de una vez! Se endureció la voz masculina:

—Me temo que está usted perdiendo su control y buenos modales, Arline. Lo oía todo Barton, como una lejana conversación, vaporosa, pero audible. Acusaba ella:

—Usted es un grandísimo canalla, Stone. Me avergüenza haberle creído un hombre íntegro. Hice una investigación acerca de Randal tal como me indicó Brent. Me costó dinero, pero el resultado valía la pena, tal como me indicó Brent. He sabido que Herman Randal le tenía a usted comprado, ya que él canceló sus deudas, Stone.

—¿Y...?

—Esta vez llevó usted las cosas tal como le indicó Randal, y fracasó porque Brent sí que es un hombre íntegro. Y ahora pienso en sus campañas, Stone, contra los «pulman» declarándolos poco seguros ya que las vidas dependían de un chófer. ¿Le pagó la Compañía de Ferrocarriles? Y la historia de los mineros... ¿le pagaron los de Seguros? Usted que se vendió a Randal, se ha vendido a otros.

—Su moralidad es abrumadora, Arline, pero trabajando en mi organización, usted seguirá teniendo prestigio y dinero. Con Brent, miseria, pan y cebolla.

—¡Muy a gusto! El sí que es un hombre, cabal, y no un cerdo hipócrita y canalla como usted.

—Mejore su léxico, Arline, por favor. Usted no me dejará porque puedo hacerla triunfar. Puedo hacerla gerente única de la firma Raymond Stone. Con sueldo anual de cincuenta mil dólares. Esto cambia las cosas, ¿no es cierto, Arline?

—Todos tenemos un precio, ¿no, Stone? ¿Cómo pude ser tan estúpida? ¿Cómo no adiviné la clase de granuja que era usted? Lo que sí sé es que me llevo a Brent y considéreme ya totalmente ajena a su organización, Stone.

—Desgraciadamente, no me puedo permitir este lujo. ¡Richard! ¡Venga inmediatamente!

Richard entró en la habitación.

Pero caminaba en forma extraña. Tenía un brazo retorcido a su espalda, en un ángulo forzado.

Le retorció el brazo Milo Samson.

Y tras su segundo, Nick Kester avanzando, sonreía si diestramente jovial.

CAPÍTULO XV

Raymond Stone, lívido, emitió una aguda discordancia al exclamar:

—¿Qué es esto? Lo explicó Arline:

—Ahora es usted el que no debe perder el control, Stone. Esta tarde, al terminar mi investigación, tal como quería Brent, quise que Brent me perdonase y fui al *Seastar*. Me dijeron que se había ido en su «Cadillac», Stone. Y temí por él. Llamé a Nick, y le conté todo lo que sabía. Sabía también que Nick Kester era el único hombre en quién confiaba Brent, pese a sus diferencias.

Raymond Stone esgrimía una automática. Encañonó a sus visitantes. Aseguró Kester:

—No le sirve de nada el petardo, Stone. Las ratas ya abandonan su barco. Curt Lacey está confesando todo.

Temblándole la diestra con el arma, murmuró Stone:

—Miente.

—No pierdo el tiempo con mentiras, Stone. Fui al *Seastar* y me encontré con el ratón que buscaba. Fox Hilton estaba bastante abollado después de su discusión con Brent. Me lo llevé al despacho del fiscal. Y cantó de plano, firmando una declaración. Cuando le presenté una copia a Lacey, pidió una tregua. Tiene en su despacho un registro magnetofónico de todas las conversaciones. Conserva las cintas grabadas de las conversaciones entre Randal y Fox acerca de las muertes de Tom y Gail. Lo hizo como quien suscribe una póliza de seguro para el porvenir. Y ahora, Curt Lacey va a ser testigo de cargo contra usted, Stone. Él se compró la condena pequeña, la sentencia leve, pero usted no puede comprarse más que un traje a rayas en

Sing-Sing.

El significado de todo lo que oía, fue penetrando en la mente de Ray Stone.

Sus músculos se relajaron y la pistola que encañonaba a Kester vino a presionar su propia sien.

Pero el índice curvado sobre el gatillo volvió a distenderse. El arma cayó al suelo y con triste sonrisa, dijo Stone:

—Detesto la violencia.

Cuando Barton salió de su inconsciencia, se encontró en una cama, mirando a Kester y a Arline. Dos personas, dos polos opuestos, allí juntos, cuidándole.

Besándole, murmuró ella:

—Has triunfado, cariño.

—Sí, pero... ¡Lacey es testigo de cargo! Saldrá libre.

—Y un rábano —aseguró Kester—. Tal vez lo suelte la policía, pero ya nunca podrá volver a los muelles. Se irá lo más lejos posible.

—Todas las agencias están anhelando tener tus reportajes, cariño. Puedes poner el precio que quieras.

Preguntaba Kester:

—¿Tuvo que ver algo Madge con las tres cuartillas comprometiéndome?

—¿Por qué lo preguntas, Nick?

—Porque se largó y no está en la ciudad.

—Entonces ya tienes la respuesta. Y celebro que se haya ido.

—Tal vez haya sido mejor así. Bueno... Procuraré que en lo sucesivo y por lo menos en los muelles Sur, no tenga nada que husmear ningún reportero, porque no habrá nada sucio, salvo la pura violencia necesaria para el buen orden en mi charca. Adiós, Brent. Mis respetos, señora Barton.

Brent Barton sonrió beatíficamente. La señora Barton besaba que era un primor. Y las agencias estaban a punto de abordar al reportero Barton en puja constante de succulenta subasta.

—Succulenta... —murmuró apretando más su abrazo.

La futura señora Barton siguió besándole con gran fervor.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.

Impreso en España

